



Consejo de Seguridad

Septuagésimo octavo año

9392^a sesión

Jueves 3 de agosto de 2023, a las 10.00 horas

Nueva York

Provisional

Presidencia: Sr. Blinken/Sra. Thomas-Greenfield/Sr. DeLaurentis. (Estados Unidos de América)

Miembros:

Albania	Sra. Fino
Brasil	Sr. França Danese
China	Sr. Zhang Jun
Ecuador	Sr. Pérez Loose
Emiratos Árabes Unidos	Sra. Al Kaabi
Federación de Rusia	Sr. Polyanskiy
Francia	Sra. Broadhurst Estival
Gabón	Sr. Biang
Ghana	Sr. Agyeman
Japón	Sr. Yamada
Malta	Sra. Frazier
Mozambique	Sr. Afonso
Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte	Dame Barbara Woodward
Suiza	Sr. Hauri

Orden del día

Mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales

Hambruna e inseguridad alimentaria mundial provocada por los conflictos

Carta de fecha 26 de julio de 2023 dirigida a la Presidencia del Consejo de Seguridad por la Representante Permanente de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas (S/2023/560)

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y la traducción de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los *Documentos Oficiales del Consejo de Seguridad*. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y deben enviarse con la firma de un miembro de la delegación interesada, incorporadas en un ejemplar del acta, a la Jefatura del Servicio de Actas Literales, oficina AB-0601 (verbatimrecords@un.org). Las actas corregidas volverán a publicarse electrónicamente en el Sistema de Archivo de Documentos de las Naciones Unidas (<http://documents.un.org>).

23-23021 (S)



Documento accesible

Se ruega reciclar



Se declara abierta la sesión a las 10.05 horas.

Aprobación del orden del día

Queda aprobado el orden del día.

Mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales

Hambruna e inseguridad alimentaria mundial provocada por los conflictos

Carta de fecha 26 de julio de 2023 dirigida a la Presidencia del Consejo de Seguridad por la Representante Permanente de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas (S/2023/560)

El Presidente (*habla en inglés*): Deseo dar una calurosa bienvenida a los Ministros y demás representantes de alto nivel. Su presencia hoy aquí pone de relieve la importancia del tema que nos ocupa.

De conformidad con el artículo 37 del Reglamento Provisional del Consejo, invito a los representantes de Argelia, la Argentina, Armenia, Australia, Azerbaiyán, Bangladesh, Belarús, el Estado Plurinacional de Bolivia, Burkina Faso, Camboya, Chile, Cuba, Dinamarca, Egipto, Estonia, Etiopía, Georgia, Alemania, Guatemala, Guyana, Haití, la India, Indonesia, Irlanda, Israel, Italia, Jordania, Kenya, Letonia, el Líbano, Liberia, Liechtenstein, México, Marruecos, Myanmar, el Reino de los Países Bajos, Nigeria, Omán, el Pakistán, Panamá, Filipinas, Polonia, Portugal, Qatar, la República de Corea, Rumania, la Arabia Saudita, Sierra Leona, Singapur, Eslovaquia, Eslovenia, Sudáfrica, España, Tailandia, Túnez, Türkiye, Ucrania, la República Bolivariana de Venezuela, Viet Nam y el Yemen a participar en esta sesión.

De conformidad con el artículo 39 del Reglamento Provisional del Consejo, invito a participar en esta sesión a los siguientes exponentes: la Coordinadora de las Naciones Unidas para la Prevención y la Respuesta frente a las Hambrunas, Sra. Reena Ghelani; el Presidente y Director Ejecutivo de International Rescue Committee, Sr. David Miliband; y la Fundadora y Directora Ejecutiva de Edesia, Sra. Navyn Salem.

De conformidad con el artículo 39 del Reglamento Provisional del Consejo, invito también a participar en esta sesión al Encargado de Negocios Interino de la Delegación de la Unión Europea ante las Naciones Unidas, Excmo. Sr. Thibault Camelli; y al Observador Permanente de la Soberana Orden de Malta ante las Naciones Unidas, Excmo. Sr. Paul Beresford-Hill.

Propongo que el Consejo invite al Observador Permanente del Estado Observador de la Santa Sede ante las Naciones Unidas a participar en esta sesión, de conformidad con el Reglamento Provisional y la práctica anterior al respecto.

El Consejo de Seguridad comenzará ahora el examen del tema que figura en el orden del día.

Deseo señalar a la atención de los miembros del Consejo el documento S/2023/560, que contiene el texto de una carta de fecha 26 de julio de 2023 dirigida a la Presidencia del Consejo de Seguridad por la Representante Permanente de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas, por la que se transmite una nota conceptual sobre el tema objeto de examen.

El Consejo de Seguridad tiene ante sí el texto de una declaración de la Presidencia en nombre del Consejo sobre el tema de la sesión de hoy. Doy las gracias a los miembros del Consejo por sus valiosas contribuciones a esta declaración.

De conformidad con el entendimiento alcanzado entre los miembros del Consejo de Seguridad, consideraré que los miembros del Consejo están de acuerdo con la declaración, que se publicará como documento del Consejo de Seguridad con la signatura S/PRST/2023/4.

Tiene ahora la palabra la Sra. Ghelani.

Sra. Ghelani (*habla en inglés*): Le agradezco, Sr. Presidente, la oportunidad de participar hoy en esta sesión informativa.

El Consejo de Seguridad es plenamente consciente de los múltiples retos y amenazas a los que se enfrenta el mundo en la actualidad. Sin embargo, la amenaza de hambruna —es decir, de que las personas mueran lentamente de hambre— debe constituir una línea roja. Y, sin embargo, el número de personas que padecen inseguridad alimentaria aguda alcanzó los 250 millones el año pasado. Se trata del nivel más alto registrado en los últimos años. De esas personas, unas 376.000 se enfrentaban a condiciones similares a la hambruna en siete países. Otros 35 millones de personas se encontraban al borde de padecerla. Como ocurre en todas las situaciones de crisis, las mujeres y los niños y niñas son los más afectados.

Esta situación no sorprende a nadie. Se trata de una crisis provocada por el hombre que lleva años agravándose. Actualmente nos encontramos en el punto de inflexión.

El hambre y el conflicto se retroalimentan. Los conflictos y la inseguridad siguen siendo las principales

causas del hambre y la hambruna. Cada uno de los siete países en los que el año pasado las personas se enfrentaron a situaciones similares a la hambruna se vio afectado por conflictos armados o niveles extremos de violencia. Cinco de esos siete países —el Afganistán, Haití, Somalia, Sudán del Sur y el Yemen— figuran regularmente en la agenda del Consejo.

Los conflictos armados destruyen los sistemas alimentarios, socavan los medios de subsistencia y expulsan a las personas de sus hogares, con lo que muchas personas se quedan en situación de vulnerabilidad y pasando hambre. A veces esos efectos son subproductos de la guerra, pero con demasiada frecuencia se infligen deliberada e ilegalmente, y el hambre se usa como una táctica de guerra.

Los conflictos no perdonan a quienes prestan ayuda para evitar la hambruna. El año pasado, decenas de miembros del personal humanitario murieron y muchos más fueron secuestrados o heridos en situaciones de conflicto. Las instalaciones y los suministros humanitarios también son con frecuencia objeto de ataques, saqueados o utilizados con fines militares. Las dificultades a las que se enfrentan las Naciones Unidas, las organizaciones no gubernamentales y sus asociados en el Sudán son un duro recordatorio de ello, y expresamos nuestro más sentido pésame a las familias de los 11 miembros del personal humanitario asesinados en el Sudán en las últimas semanas.

La misma inseguridad alimentaria también atiza la inestabilidad. Por ejemplo, en investigaciones recientes que ha destacado el Programa Mundial de Alimentos se demuestra que las personas eligen la violencia en lugar de la paz debido a la inseguridad alimentaria —cuando esta va acompañada de agravios preexistentes—; a la desesperación que con demasiada frecuencia atizan la pobreza y la desigualdad; y a los problemas de gobernanza. Ello constituye la gota que colma el vaso, lo que a menudo desemboca en un conflicto.

El hambre provocada por los conflictos se ve agravada por una mezcla tóxica de cambio climático y perturbaciones económicas.

El cambio climático se está convirtiendo cada vez más en un multiplicador de amenazas peligroso. A medida que la presión sobre el agua y otros recursos naturales provoca un aumento de la competencia y los desplazamientos, se extienden los conflictos y el hambre. De los 10 países más vulnerables a los riesgos relacionados con el clima, 7 están afectados por conflictos, 6 acogen una misión de mantenimiento de la paz o una

misión política especial de las Naciones Unidas y en 4 de ellos más de 1 millón de personas se encuentran al borde de la hambruna.

Al mismo tiempo, la inseguridad en los países afectados por conflictos dificulta los esfuerzos de adaptación al clima. Esto hace que en las comunidades que ya se encontraban en situación de vulnerabilidad se agudice la pobreza y el hambre y disminuya su resiliencia.

El reto puede parecer abrumador, pero el progreso ha sido posible en el pasado y puede volver a serlo. De modo que, ¿qué podemos hacer?

Ante todo, debemos redoblar los esfuerzos para prevenir, mitigar y erradicar los conflictos en todas sus formas. Es necesario renovar la voluntad de apoyar la paz a través de un sistema multilateral revitalizado en el que los Gobiernos, las Naciones Unidas y las organizaciones regionales trabajen codo con codo.

Dondequiera que la paz aún pueda tardar en llegar, existen cinco elementos que revisten una importancia crucial para reducir el sufrimiento y evitar la hambruna.

En primer lugar, debemos velar por que las partes en conflicto respeten el derecho internacional humanitario. Ello incluye proteger los bienes necesarios para la supervivencia, como las reservas de alimentos, los sistemas de abastecimiento de agua y otros objetos necesarios para los sistemas de producción y distribución de alimentos. También conlleva facilitar el acceso sin trabas de la ayuda humanitaria a toda la población civil necesitada y proteger al personal y los bienes de carácter humanitario. Los Estados no deben escatimar esfuerzos cuando ejercen influencia para que las partes respeten las reglas de la guerra.

En segundo lugar, debemos hacer un mejor uso de los mecanismos de alerta temprana existentes, como la resolución 2417 (2018), de manera centrada y eficaz. Con demasiada frecuencia, hemos dado la voz de alarma sin haber realizado un seguimiento eficaz ni adoptado medidas concertadas.

En tercer lugar, debemos ser audaces y creativos a la hora de encontrar formas de suavizar el efecto que la guerra ejerce en los más vulnerables. Esas soluciones son posibles. Hemos sido testigos de la concertación de acuerdos entre las partes en conflicto y de la aprobación de resoluciones en el Consejo de Seguridad con ese fin, pero para ello se requiere valor político y voluntad.

En cuarto lugar, las mujeres y las niñas deben ser un elemento central de nuestros esfuerzos. Las crisis y el

hambre las afectan de forma desproporcionada, pero en ellas reside también la clave para hallar soluciones duraderas. Las investigaciones han demostrado que al implicar a las mujeres locales en la consolidación de la paz aumenta en un 24 % la probabilidad de que cese la violencia.

En quinto lugar, también debemos reconocer que no bastará con dar una respuesta fragmentada y parcial a los riesgos interrelacionados. Necesitamos una financiación humanitaria adecuada, de la que depende la vida de millones de personas. Además, para lograr una paz duradera y prevenir las hambrunas debemos abordar las crisis climática y económica.

El Secretario General ha priorizado la amenaza de la hambruna y el hambre. Entre otras iniciativas, en 2021 creó un Equipo de Tareas de Alto Nivel para la Prevención de la Hambruna con el fin de dirigir y organizar una respuesta coherente de todo el sistema. Junto con el Programa Mundial de Alimentos, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura e International Rescue Committee, con David Miliband, estamos reorientando ese foro para prestar un apoyo específico a los países. Realmente necesitamos el apoyo de los miembros del Consejo y contamos con él para que sea un foro eficaz.

Mientras desempeñaba las funciones de mi cargo actual, he visitado comunidades al borde de la hambruna, me he sentado con madres en demasiados pabellones en los que se distribuían alimentos y en demasiados campamentos de desplazados y, mientras los hijos pequeños de esas madres luchaban por su vida, ellas estaban demasiado debilitadas como para llorar o siquiera proferir un sonido. Ese silencio inquietante es ensordecedor. Nunca se olvida.

Ese silencio es también una llamada a la acción. Como dijo Martin Luther King en el discurso que pronunció cuando fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz,

“el hambre es totalmente innecesaria en el mundo moderno [...]. No existe una escasez de recursos humanos; lo que escasea es la voluntad humana”.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy las gracias a la Sra. Ghelani por su exposición informativa.

Tiene ahora la palabra el Sr. Miliband.

Sr. Miliband (*habla en inglés*): Le doy las gracias, Sr. Presidente, así como a su equipo, por su liderazgo en este asunto. Es para mí todo un honor intervenir hoy en nombre de los 40.000 empleados y voluntarios de

International Rescue Committee que trabajan en 40 países de todo el mundo. Nuestra misión está caracterizada por los conflictos y sus consecuencias, por lo que este debate es sumamente relevante para nosotros y para nuestros clientes.

Cada día, nuestro personal pone en práctica un sencillo lema: centrarse en las soluciones y no en el sufrimiento. Así pues, mi exposición informativa adopta la forma de un ruego a los miembros del Consejo de Seguridad, a saber, que sigan el ejemplo de mis colegas y se centren en las soluciones y no en el sufrimiento.

Hace cinco años, el Consejo reconoció “la necesidad de romper el círculo vicioso entre conflicto armado e inseguridad alimentaria” en la resolución 2417 (2018). Sin embargo, cinco años después hay más conflictos armados, más hambrunas, más desnutrición y cada vez más inseguridad alimentaria, que es el eufemismo que se emplea para hacer referencia al hambre y a la inanición. Así pues, hoy abogamos por que se adopten medidas para ayudar a las 375.000 personas que se enfrentaban a condiciones similares a la hambruna a finales del año pasado —una cifra que no ha hecho más que aumentar— y a los 35 millones que se encuentran al borde de ella.

Tenemos análisis de sobra. Existe un consenso respecto del hecho de que los conflictos son el principal motor de la inseguridad alimentaria actual, exacerbada por la crisis climática. También lo hay en relación con la cadena de causalidad existente entre los conflictos y el hambre. La siembra se ve alterada. Los precios suben. Los combatientes bloquean los suministros. El almacenamiento de alimentos se convierte en objeto de ataques. Las capacidades de afrontamiento se agotan.

Asimismo, sabemos cuáles son los países afectados. En todas las evaluaciones aparece la misma lista: Somalia, el Afganistán, el Yemen, Nigeria, Sudán del Sur, el Sudán, Burkina Faso, Malí y Haití. El análisis no se pone en duda; sin embargo, muchas veces al análisis le sigue la parálisis. Por lo tanto, tenemos que reforzar el sistema internacional, no para debatir estrategias y planes, sino para pasar a la acción. Hoy quiero presentar al Consejo cinco problemas actuales, acompañados de sus cinco soluciones inmediatas.

En cuanto al primer problema, mis colegas del debate de hoy destacarán justamente en qué se tradujo el aumento de la financiación del año pasado, a saber, un mayor número de niños que recibieron tratamiento para su malnutrición aguda. No obstante, las estadísticas interanuales muestran que el 80 % de los niños

con malnutrición aguda del mundo no reciben ningún tratamiento. Repito: el 80 % de los niños con malnutrición aguda no han recibido ninguna ayuda. La razón de ello son las diferentes maneras de encarar la malnutrición aguda moderada y grave. Existen diferentes protocolos de tratamiento y diagnóstico, diferentes organismos de las Naciones Unidas, diferentes productos y complicados sistemas de medición poco adaptados a las situaciones de conflicto. Sin embargo, la solución está delante de nuestras narices y consiste en un sistema bien sencillo que tienen a mano tanto padres como empleados sanitarios de la comunidad: una simple cinta métrica para medir el perímetro superior del brazo para diagnosticar la malnutrición aguda y administrar una o dos dosis de alimentos terapéuticos listos para consumir al día, dependiendo de si el caso es grave o moderado. Nuestra propia evaluación de su eficacia demuestra que este método no es una quimera. Probamos el tratamiento en 27.000 niños malienses, con una tasa de éxito del 92 % y un ahorro de costes del 30 %, lo que significa que por la misma cantidad de dinero se puede tratar a más niños. Este método debe convertirse en la norma, el tratamiento por defecto, en los contextos humanitarios, con un suministro y una financiación acordes, y puede hacerse ahora mismo.

El segundo problema es la proliferación de iniciativas mundiales sobre el hambre y la inseguridad alimentaria. La solución es un organismo con poder que pueda incitar la acción colectiva e impulsar el cambio. Afortunadamente, ahora contamos con el Equipo de Tareas de Alto Nivel para la Prevención de la Hambruna, presidido por la Sra. Ghelani, al que se le ha dado un nuevo enfoque y un nuevo mandato. Pero, francamente, la Sra. Ghelani necesita ayuda para llevar a cabo los planes nacionales de acción contra la hambruna en los países de mayor riesgo, y apoyo de las autoridades nacionales y locales para elaborar esos planes. Necesita apoyo para negociar con las instituciones financieras regionales y mundiales la financiación de esos planes y ayuda en sus gestiones diplomáticas para eliminar los obstáculos sobre el terreno para aumentar las respuestas, así como para ejecutar los planes de acción, empezando por las reuniones mantenidas durante el debate general de septiembre en Nueva York.

El tercer problema es que, como ha señalado el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, cuanto más frágil es un contexto —es decir, cuanto más aquejado por el conflicto esté— menos dinero se destina a la adaptación al cambio climático. Sin embargo, nuestros clientes son desproporcionadamente vulnerables al

riesgo que plantea el cambio climático. Son muy vulnerables y carecen de inversión en resiliencia. La solución consiste en dar un carácter humanitario a la financiación de la lucha contra el cambio climático, resolviendo el déficit de financiación y el déficit de ejecución. El déficit de financiación se debe a que la adaptación está infrafinanciada —solo representa el 8 % de toda la financiación climática— y a que está orientada a los países más ricos. Por ello, proponemos que de cada fondo de adaptación se destine un porcentaje fijo a los Estados frágiles y en conflicto. También sostenemos que los donantes deberían aumentar la proporción de subvenciones con respecto a la financiación en condiciones favorables, porque los Estados frágiles y en conflicto no quieren asumir nuevos préstamos. Esto podría hacerse, por ejemplo, triplicando los fondos internacionales de asistencia para el desarrollo del Banco Mundial, como recomendó un grupo de expertos del Grupo de los 20 hace tan solo dos semanas. Sin embargo, también hay deficiencias en la distribución, y el dinero no se gastará en Estados frágiles y en conflicto a menos que se resuelvan esas deficiencias. En situaciones de conflicto, eso significa convertir en norma, no en excepción, que la financiación se encauce a través de la sociedad civil, no solo de los Gobiernos. Así se adaptaría realmente al contexto local.

El cuarto problema es el aumento de la impunidad en los conflictos. Los combatientes atacan a civiles, deniegan ayuda humanitaria y destruyen granjas y almacenes de alimentos, todo lo cual es ilegal e inmoral. La solución es enjuiciar a los autores de esos actos. No hacen falta nuevas resoluciones para ello, más bien lo que hace falta es más determinación para aplicar las existentes. Por ejemplo, la próxima vez que se presenten al Consejo pruebas de que el hambre se utiliza como arma de guerra, eso debería desencadenar una actuación. Además, los nueve países en riesgo de padecer hambruna este año se encuentran en las categorías alta, muy alta o extrema por el grado de restricciones impuestas al acceso humanitario, que es un eufemismo para decir que al personal que presta ayuda humanitaria se le impide llegar a las personas necesitadas. Proponemos la creación de una oficina independiente para la protección del acceso humanitario, que garantice que cuando los combatientes denieguen la ayuda, esa información se comunique sin temor ni favoritismos al Consejo, apoyando los esfuerzos para impulsar la rendición de cuentas y la diplomacia.

En cuanto al quinto problema, sé que las organizaciones no gubernamentales suelen empezar pidiendo

más dinero, pero yo terminaré en vez de empezar con ello. El Programa Mundial de Alimentos está recortando hoy sus programas de asistencia alimentaria vital, algunos de los cuales hasta la mitad, porque no tiene dinero suficiente para hacer su trabajo. La solución no es complicada. Los planes de respuesta humanitaria en los nueve países en riesgo de padecer hambruna solo contaban con una financiación media del 58 % en 2022. Sin embargo, si sus planes de respuesta se financiaran en la misma proporción que los de Ucrania el año pasado, el sistema contaría con otros 5.000 millones de dólares para hacer frente a las necesidades más acuciantes solo en esos nueve países.

Tenemos que encarar la amenaza del hambre mirando por el parabrisas, no por el retrovisor. Una vez declarada la hambruna, es demasiado tarde para demasiadas personas. Sabemos que la mitad de las personas que murieron en la hambruna de 2011 en Somalia fallecieron antes de que se declarara la hambruna. Es demasiado tarde para demasiadas personas como para esperar una declaración de hambruna. La fase 3 de la Clasificación Integrada de la Seguridad Alimentaria en Fases, la fase de crisis, se activa cuando una de cada cinco familias está tan desesperada por encontrar la manera de alimentarse que se plantea casar a sus hijos o enviarlos a trabajar fuera. Pero las medidas anticipatorias dependen de que haya dinero disponible, y actualmente no lo hay. Quiero concluir citando al Premio Nobel Amartya Sen, cuyo trabajo sobre la hambruna, que marcó un hito hace casi 50 años, comienza con estas palabras:

“El hambre es consecuencia no de que no “haya” suficiente para comer, sino de que algunas personas no “tengan” suficiente para comer”.

En otras palabras, se trata de un problema político. Actualmente, sin embargo, el mundo es cuatro veces más rico, pero hay más hambruna, no menos. No se trata de suerte sino de una elección. Y es una elección que solo cambiará con la acción. En la sociedad civil no nos faltan ideas sobre qué acciones emprender. Lo que necesitamos es la voluntad de hacerlas realidad.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy las gracias al Sr. Miliban por su exposición informativa.

Doy ahora la palabra a la Sra. Salem.

Sra. Salem (*habla en inglés*): El día que conocí a un niño de dos años que pesaba lo mismo que mi hija recién nacida, me cambió la vida para siempre. He estado cara a cara con una madre y su hijo hambriento, y sé que el tiempo apremia. Siento la urgencia y veo el miedo en

sus ojos. He visto a niños dar su último suspiro. He visto cómo sus corazones dejaban de latir. Cuando entro en una clínica de malnutrición, lo primero que oigo es un silencio ensordecedor. Los niños no tienen fuerzas para sentarse o llorar. Toda su energía se concentra en evitar que sus órganos se apaguen. Sus madres esperan ansiosas un milagro. Nosotros tenemos ese milagro.

Hoy represento al sector privado como fundadora y Directora General de Edesia. Fabricamos el alimento que salva vidas, un alimento terapéutico listo para el consumo llamado Plumpy'nut. El UNICEF, el Programa Mundial de Alimentos y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional lo utilizan en el tratamiento de la malnutrición aguda grave. Se trata de una mantequilla de cacahuete altamente enriquecida que resulta revolucionaria en contextos humanitarios porque proporciona una nutrición vital, es fácil de distribuir en crisis humanitarias complejas, permite a las madres tratar a sus hijos en casa y tiene la capacidad de rehabilitar al 92 % de los niños en tan solo dos meses.

Edesia forma parte de una comunidad de fábricas distribuidas en todo el mundo. Trabajamos 24 horas al día, siete días a la semana, para producir la suficiente cantidad de esos alimentos milagrosos, pero las necesidades aumentan día tras día. Todos hemos ido añadiendo turnos y equipos, pero no basta con ello. Fabricamos aquí, en los Estados Unidos, y tenemos un socio en Francia, pero nuestros otros ocho socios están en el Sur Global. Los conflictos amenazan con cerrar las puertas de esas empresas increíblemente importantes que se instalan en las zonas críticas de malnutrición para suministrar esos alimentos vitales utilizando materias primas cultivadas localmente. Hace apenas unos meses, cuando comenzó el conflicto en el Sudán, la tristeza me invadió al ver que bombardeaban nuestra fábrica asociada en Jartum. Todo quedó destruido, entre ellas miles de cajas de Plumpy'Nut que esperaban a ser enviadas a los niños sudaneses. Y ahora, desde esta última semana, un golpe de Estado amenaza nuestra fábrica asociada en el Níger. En Haití, la violencia persiste a niveles cada vez mayores, lo que nos obliga a construir nuevos muros de seguridad. En Etiopía, Nigeria y Burkina Faso, la inestabilidad y la incertidumbre son omnipresentes. Ese ecosistema es una parte fundamental de la cadena de suministro de la que dependen los organismos de las Naciones Unidas y los niños, que deben ser protegidos.

Los dos factores que más contribuyen al hambre y la malnutrición son el cambio climático y los conflictos. Los que nos encontramos aquí tenemos que resolver el problema que es más fácil. Incluso contando con

todos los esfuerzos que se están realizando para hacer frente al cambio climático, se requiere una labor que aún llevará muchos decenios. La buena noticia es que eso no ocurre con los conflictos. Nosotros, aquí en el Salón, controlamos los conflictos. Del mismo modo que podemos decidir librar la guerra, podemos decidir ponerle fin. Ahora mismo, tenemos dos opciones. Podemos alimentar a todos los niños gravemente malnutridos del mundo o podemos poner fin a los conflictos. Anualmente se necesitan 1.700 millones de dólares para alimentar a 17 millones de niños gravemente malnutridos. Hasta que pongamos fin a esos conflictos, tenemos la responsabilidad de adoptar medidas. Solamente 1.700 millones de dólares pueden salvar la vida de 17 millones de niños. Con solamente 100 dólares por niño se cubre el coste de una caja de Plumpy'Nut, de la distribución y del acceso a la atención sanitaria comunitaria.

Sin embargo, al aumentar de los conflictos, todos los días nuestros asociados tienen que adoptar decisiones difíciles. Tienen que vérselas ante un déficit grave de financiación y solo pueden cubrir el 50 % de las necesidades. Afrontan una decisión imposible: qué mitad de los niños malnutridos del mundo puede vivir y qué mitad será condenada a muerte. Todos los días tienen que decidir qué países recibirán financiación y qué programas se recortarán o se reducirán a la mitad. Hace un año, el mundo tomó conciencia de la inseguridad alimentaria causada por los conflictos, y los Estados Unidos, el Canadá, el Reino Unido, el Reino de los Países Bajos, Irlanda y organizaciones filantrópicas privadas asumieron un compromiso histórico de 500 millones de dólares para luchar contra la malnutrición. Ese impulso mundial demostró que podíamos duplicar la oferta disponible de Plumpy'Nut en cuestión de meses. También se duplicó el número de vidas de niños que se salvaron, y 7,3 millones de niños recibieron tratamiento en 2022. Hay que reconocer y celebrar ese esfuerzo increíble.

Los médicos describieron esa intervención como poco menos que un milagro, pero yo quiero que ese milagro ya no tenga razón de ser. No quiero expandir esta actividad, añadir efectivos o construir más almacenes. No debemos esperar a que los niños estén a unos días de su muerte para darles alimentos vitales. Antes bien, el objetivo a largo plazo debe ser modificar todo el planteamiento en favor de la prevención. El desarrollo en la primera infancia depende de unos sistemas alimentarios sanos, una dieta variada y los macronutrientes y micronutrientes esenciales que necesitan el cuerpo y el cerebro. Al intervenir de manera temprana se garantiza que los niños no solo sobrevivan, sino que prosperen y

alcancen todo su potencial. Me encuentro hoy aquí en representación de los miles de trabajadores de la salud comunitarios y de los millones de niños malnutridos que piden desesperadamente nuestra ayuda y colaboración. Al fin y al cabo, somos responsables de sus circunstancias. Espero que la historia vea en los que estamos sentados hoy en torno a esta mesa personas que defendieron a la humanidad, comprendieron el poder de nuestro liderazgo colectivo en el Salón y dijeron: "Basta. Pongamos fin a estos conflictos, por el bien de nuestros hijos". Hay muchos problemas en este mundo que no podemos resolver, pero la malnutrición no es uno de ellos.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy las gracias a la Sra. Salem por su exposición informativa. De hecho, doy las gracias a los tres exponentes por sus convincentes e importantes contribuciones a nuestro debate de esta mañana.

Quisiera señalar a la atención de los oradores el párrafo 22 de la nota S/2017/507, en el que se alienta a todos los participantes en las sesiones del Consejo a que formulen sus declaraciones en un tiempo máximo de cinco minutos, adhiriéndose al compromiso del Consejo de hacer un uso más eficaz de las sesiones públicas.

Formularé ahora una declaración en calidad de representante de los Estados Unidos de América.

Una vez más, doy las gracias a nuestros exponentes por mantenernos centrados en lo que realmente está en juego, es decir, el elemento humano de nuestras deliberaciones. Es fácil dejarse llevar por las cifras, las estadísticas y los grandes conceptos, pero, en última instancia, todo se reduce a las personas y todo se reduce a los niños. Por lo tanto, les doy las gracias por ese enfoque y por centrarse en soluciones prácticas a los problemas que tenemos ante nosotros. Los tres exponentes han ilustrado poderosamente el reto que tenemos ante nosotros, pero, lo que es aún más importante, nos han dado muy buenas ideas sobre cómo abordar realmente ese reto.

El pasado mes de septiembre, el Presidente Biden declaró ante la Asamblea General lo siguiente: "[...] en cualquier país del mundo, si unos padres no pueden alimentar a sus hijos, todo lo demás pierde importancia" (A/77/PV.6, pág. 23). En cierto modo, es así de simple y crudo. Demasiadas familias están experimentando una situación de urgencia abrumadora, la cual es consecuencia de una crisis alimentaria mundial sin precedentes que, como hemos oído, se ha visto impulsada por el clima y la enfermedad por coronavirus, así como por los conflictos, como hemos examinado hoy.

El hambre y los conflictos están indisolublemente unidos, ya que la escasez de recursos y el aumento de las tensiones afectan a comunidades y naciones. Las partes beligerantes utilizan los alimentos como arma para someter a la población local. De hecho, el conflicto es el principal factor de la inseguridad alimentaria: el año pasado, la violencia y los disturbios empujaron a 117 millones de personas a la privación extrema. En el Sudán, los combates han causado perturbaciones en la temporada de siembra estival y han hecho dispararse el costo de los alimentos. En Myanmar, donde una de cada cinco personas —repito: una de cada cinco— se encuentra gravemente desnutrida, el régimen militar está agravando el problema para reforzar su control, y ha llegado, incluso, a bloquear los convoyes de ayuda. El deterioro de las condiciones ha impedido el regreso seguro del casi 1 millón de refugiados rohinyás que han huido de su patria y viven ahora en Bangladesh a base de raciones que se han reducido a unos 27 céntimos de euro al día. En el Yemen, algunas familias han informado de que han recurrido a hervir hojas para mantenerse con vida. Lo llaman el alimento de la hambruna. A menos que el mundo adopte medidas, Burkina Faso, Sudán del Sur y Somalia podrían sufrir hambrunas el próximo año. Una vez más, pido a todos que nos detengamos un momento y pensemos en lo que eso significa en realidad, y que imaginemos, solo por un minuto, que se trata de su descendencia, de sus hijos, de sus hijas. Hemos oído las descripciones inobjetables de lo que está en juego realmente, y espero que, aunque solo sea eso, el hecho de tener esa imagen en mente y relacionarla con nuestras propias experiencias vitales nos proporcione una motivación añadida para adoptar medidas.

Desde enero de 2021, los Estados Unidos han aportado más de 17.500 millones de dólares para abordar la hambruna y la inseguridad alimentaria. En 2021 y 2022 (véase S/PV.9036), convocamos al Consejo para centrarnos en la interrelación entre el hambre y los conflictos. El año pasado presidimos la reunión ministerial sobre seguridad alimentaria, en la que nos sumamos a más de tres docenas de países para publicar una hoja de ruta mundial, y nos comprometimos a hacer llegar alimentos a quienes los necesitan y a construir una mayor resiliencia en el futuro. Hasta la fecha, más de 100 países han firmado esa promesa y han empezado a adoptar medidas concretas para cumplirla. Sin embargo, a medida que esta crisis se intensifica, también lo deben hacer nuestros esfuerzos. Al Consejo se le ha encomendado la tarea de mantener la paz y la seguridad internacionales, y, sencillamente, no podemos preservar la paz y la seguridad sin fortalecer la seguridad alimentaria.

Todos tenemos la responsabilidad de adoptar medidas. Esta mañana, por primera vez en tres años, el Consejo ha hecho, por unanimidad, del conflicto, el hambre y la hambruna, así como del cambio climático, el elemento central de su orden del día. Es un paso notable y que hay que acoger con agrado. Aprovechemos ahora ese impulso para seguir luchando contra la inseguridad alimentaria y la hambruna en todo el mundo y convirtamos nuestras palabras en medidas concretas.

Hace cinco años (véase S/PV.8267), como hemos escuchado, el Consejo aprobó la resolución 2417 (2018), en la que se subraya que la práctica deliberada de hacer padecer hambre a la población civil podría constituir un crimen de guerra. Hoy, podemos avanzar partiendo de esos esfuerzos. Unos 90 países, entre ellos los Estados Unidos, hemos firmado ya un nuevo comunicado conjunto que hemos redactado y difundido, comprometiéndonos a dejar de utilizar la hambruna, la inanición y los alimentos como armas de guerra. El hambre no debe utilizarse como un arma. Insto a todos los Estados Miembros a que firmen ese comunicado.

Además, debemos aumentar la ayuda de manera significativa para abordar el hambre extrema y evitar la hambruna. El año pasado, hubo contribuciones históricas de Gobiernos y donantes privados, los cuales aportaron ayuda directa, suministraron fertilizantes a agricultores y utilizaron imágenes satelitales para maximizar las cosechas. Las donaciones destinadas al Programa Mundial de Alimentos aumentaron en un 48 %. Tan solo los Estados Unidos aportaron más de 7.200 millones de dólares, lo que equivale aproximadamente a la mitad del presupuesto del Programa Mundial de Alimentos. Estos y otros esfuerzos ayudaron a que el mundo eludiera a duras penas la hambruna el año pasado. Sin embargo, este año, como hemos escuchado, el Programa Mundial de Alimentos calcula que deberá dedicar 25.000 millones de dólares para socorrer a 171 millones de personas. Hasta la fecha, las aportaciones de los países ascienden tan solo a 4.500 millones de dólares; es decir, el 18 % de la financiación necesaria. Los costos de esta carencia se medirán en muertes y casos de retraso del crecimiento. Aunque celebramos el gran esfuerzo que están haciendo países más pequeños, las grandes economías del mundo deberían ser los mayores donantes mundiales. Para los Estados Miembros que se consideran líderes mundiales, esta es la oportunidad de demostrar que lo son. Todos podemos trabajar más a fondo.

Ahora bien, evidentemente, aunque sabemos que esto es necesario, no basta para satisfacer las necesidades inmediatas. Además, debemos aumentar la

productividad agrícola. Tenemos que invertir en adaptación. Tenemos que desarrollar una mayor resiliencia ante futuras perturbaciones, sobre todo en las regiones afectadas por conflictos. En todo el mundo, los agricultores se enfrentan a la elevación de las temperaturas, la erosión de los suelos y la desaparición de las aguas subterráneas. Todo ello reduce las cosechas y hace que los cultivos sean menos nutritivos. Para 2050, el cambio climático podría haber reducido la producción agrícola en hasta un 30 %, aunque la demanda mundial de alimentos aumentará en más de un 50 %. Así pues, tenemos un planeta que se encamina hacia una población de 10.000 millones de personas en los próximos decenios, con una demanda que aumentará en consonancia. Sin embargo, la oferta no aumenta sino que disminuye. Por complicada y apremiante que sea la situación actual, podemos imaginar lo que se avecina si no tomamos las medidas necesarias para abordarla.

Mitigar los efectos del cambio climático es fundamental para la iniciativa estadounidense Feed the Future, una alianza público-privada que tiene por objeto fortalecer los sistemas alimentarios, ampliar las redes de protección social y mejorar la nutrición en 40 países de todo el mundo. Hemos dedicado más de 1.000 millones de dólares anuales a esta labor. El año pasado, hicimos extensivo este programa a otros ocho países africanos. Partiendo de ello, en febrero, junto con la Unión Africana y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, pusimos en marcha nuestra iniciativa denominada Vision for Adapted Crops and Soils. En el marco de esta iniciativa, determinamos cuáles son los cultivos autóctonos africanos más nutritivos, evaluamos cómo pueden verse afectados por el cambio climático e invertimos en el desarrollo de las variedades más resilientes frente al clima, así como en la mejora de los suelos en los que se cultivan. Este enfoque basado en la calidad de las semillas y la tierra puede tener una gran incidencia para lograr una productividad agrícola sostenible en toda África.

Hoy puedo anunciar también una aportación adicional de 362 millones de dólares para hacer frente a los factores que impulsan los problemas de alimentación y seguridad y mejorar la resiliencia en Haití y 11 países africanos, entre otras cosas distribuyendo alimentos nutritivos entre las embarazadas y ayudando a los agricultores a cultivar variedades más diversas y productivas. Ahora bien, aunque los Estados Unidos seguirán poniendo de su parte, este desafío, por definición, es mundial y requiere recursos mundiales. Esperamos que los Gobiernos, las empresas y las organizaciones filantrópicas

nos ayuden a seguir mejorando la nutrición e invertir en sistemas alimentarios sostenibles y resilientes.

Por último, tenemos que abordar la guerra de agresión de Rusia contra Ucrania y el consiguiente ataque al sistema alimentario mundial. Durante el año pasado, la Iniciativa del Mar Negro, negociada por las Naciones Unidas y Türkiye, permitió distribuir mundialmente más de 32 millones de toneladas de productos alimentarios ucranianos. Tan solo las exportaciones de trigo ascendieron al equivalente de 18.000 millones de panes. Debemos tener en cuenta que, para empezar, esta iniciativa nunca debería haber sido necesaria. Se debió únicamente a la invasión rusa de Ucrania y el bloqueo ruso de los puertos ucranianos. No obstante, la iniciativa tuvo resultados concretos, demostrables y poderosos, al asegurar que esos productos alimentarios pudieran seguir llegando a los mercados mundiales y a las personas que los necesitaban.

Debemos tener muy claro quién se benefició de esa iniciativa. Más de la mitad de los productos alimentarios exportados en el marco de este proyecto, y dos tercios del trigo, fueron a parar a países en desarrollo. Esos envíos ayudaron a reducir los precios alimentarios mundiales para todos en aproximadamente una cuarta parte tras la invasión a gran escala emprendida por Rusia. Desde el 17 de julio, fecha en que Rusia, desoyendo los llamamientos mundiales, se retiró del acuerdo, los precios de los cereales han subido en más de un 8 % en todo el mundo. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Kenya ha calificado esta decisión de Rusia de “puñalada por la espalda”. El Kremlin alega que rescindió el acuerdo porque las sanciones internacionales limitaban sus exportaciones agrícolas. En realidad, las sanciones excluyen de manera explícita los alimentos y los fertilizantes. De hecho, en el momento en que abandonó la iniciativa, Rusia estaba exportando más cereales que nunca, y a precios más elevados.

¿Cuál ha sido la respuesta de Rusia al sufrimiento y la indignación del mundo? Ha bombardeado los graneros ucranianos, ha minado las entradas de los puertos y ha amenazado con atacar cualquier buque que navegue por el mar Negro, sean cuales sean su bandera o su cargamento. Estas acciones son coherentes con la decisión adoptada por Rusia el mes pasado (véase S/PV.9371) de bloquear la renovación de asistencia humanitaria transfronteriza crucial destinada a Siria, un país en el que, tras el devastador terremoto de febrero, 12 millones de personas no tienen bastante para comer. Los Estados Unidos están dispuestos a seguir trabajando para establecer este salvavidas vital si las Naciones Unidas y Siria no encuentran un modo de avanzar. Además,

valoramos sobremanera el trabajo que llevan a cabo Türkiye y otros para reactivar el pacto sobre los cereales. Todos los integrantes del Consejo y todos los Estados Miembros de las Naciones Unidas deben decir a Moscú que ya basta. Ya basta de utilizar el mar Negro como medio de chantaje, ya basta de tratar a las personas más vulnerables del mundo como medio de presión, y ya basta de su guerra injustificada e inadmisible.

Reforzar la seguridad alimentaria es indispensable para hacer realidad la visión de la Carta de las Naciones Unidas sobre preservar a las generaciones futuras del flagelo de la guerra y reafirmar la dignidad y el valor de todos y cada uno de los seres humanos. Esta esperanza se refleja en una de las estatuas situadas en el exterior de este edificio: una figura que simboliza la máxima bíblica de convertir las espadas en arados. Estas palabras de la Sagrada Escritura aún no están a nuestro alcance, pero, por lo menos, podemos comprometernos a no utilizar nuestras espadas para destruir arados ajenos. Podemos prestar ayuda vital a quienes la necesitan con urgencia. Podemos garantizar que en todo el mundo las personas puedan alimentarse, ahora y en los años venideros. Si actuamos así —si construimos un mundo más sano, más estable y más pacífico para todos—, al menos empezaremos a estar a la altura de la responsabilidad que se nos confió, al Consejo y a esta institución.

Vuelvo a asumir las funciones de Presidente del Consejo.

Daré ahora la palabra a los miembros del Consejo que deseen formular declaraciones.

Sra. Al Kaabi (Emiratos Árabes Unidos) (*habla en inglés*): Doy las gracias al Secretario de Estado Blinken por haber convocado la importante sesión de hoy, así como a nuestros exponentes por las valiosas perspectivas aportadas a nuestras deliberaciones.

Nos sumamos a la declaración que pronunciará la representación de Omán en nombre del Consejo de Cooperación del Golfo.

En el mundo hay más de 700 millones de personas que pasan hambre, mientras que un tercio de la población mundial —cerca de 2.500 millones de personas— tuvo un acceso limitado a los alimentos durante el año pasado. Como dijeron nuestros exponentes, no hay una única razón que explique la inseguridad alimentaria mundial. Aunque las razones de ello son complejas, el costo humano es evidente. Un total de 45 millones de niños menores de cinco años padecen desnutrición aguda. Millones de personas se ven obligadas a emprender peligrosos viajes

de migración irregular. La violencia sexual y de género se exagera. Sabemos que la inseguridad alimentaria contribuye a provocar conflictos e inestabilidad, y viceversa. Habida cuenta de que están tan estrechamente interrelacionados, no podemos permitirnos el lujo de no actuar en el Consejo y a escala mundial.

Hoy quisiera formular tres observaciones a ese respecto.

En primer lugar, la inseguridad alimentaria se puede prevenir. Prevenir la inseguridad alimentaria y la hambruna es una opción política. Acabar con la inseguridad alimentaria es una empresa colectiva. Nadie debería pasar hambruna. En materia de conflictos, el derecho internacional humanitario es claro. Las partes en un conflicto armado deben velar en todo momento por preservar los bienes necesarios para producir alimentos y agua potable y jamás deben atacar bienes de carácter civil. No solo existe un deber moral, sino también jurídico, de respetar esas normas, y exhortamos a todas las partes en conflicto a que cumplan rigurosamente sus responsabilidades. También es importante que quienes están en condiciones de apoyar y facilitar los esfuerzos humanitarios para salvar vidas lo hagan. Por su parte, los Emiratos Árabes Unidos han aportado más de 1.400 millones de dólares en ayuda en los últimos cinco años para hacer frente a la inseguridad alimentaria. Los conflictos —como por ejemplo el de Ucrania— pueden contribuir a la inseguridad alimentaria mundial. Los efectos en cadena que estos ejercen en los mercados mundiales provocan que quienes viven más allá de cualquier campo de batalla a menudo pasen dificultades para alimentar a sus familias, especialmente en Oriente Medio y partes de África, donde los países dependen en gran medida de las importaciones de cereales. En esos casos, debemos apoyar las estrategias nacionales y desarrollar enfoques y asociaciones innovadores proporcionales a la magnitud del reto.

En segundo lugar, para garantizar la seguridad alimentaria mundial es preciso que todos echemos una mano. Debemos profundizar en las asociaciones internacionales y aprovechar al máximo los foros multilaterales, tanto en el plano internacional como en el regional. Hemos constatado el potencial de los esfuerzos multilaterales que se despliegan para reducir la inseguridad alimentaria cuando se creó la Iniciativa del Mar Negro. La subida de los precios del trigo que se registró después de que se rompiera el acuerdo es una muestra de la importancia mundial de ese tipo de iniciativas. Permítaseme reiterar que los Emiratos Árabes Unidos están sumamente consternados por ello. También se requiere un espíritu de ambición y colaboración mundial

para hacer frente a un factor que cada vez exacerba más la inseguridad alimentaria: el cambio climático. Julio fue el mes más caluroso jamás registrado. Por esa razón, debemos buscar una unidad de propósito al más alto nivel para invertir esa tendencia preocupante, adoptando medidas tangibles para evitar que las temperaturas suban por encima de los 1,5 °C y garantizando que las medidas de adaptación y mitigación del cambio climático se apliquen firmemente, sobre todo en las zonas delicadas. Con la expresión “que todos echemos una mano” me estoy refiriendo a todas las manos y voces. Las personas afectadas desproporcionadamente por la inseguridad alimentaria y el cambio climático, en particular las mujeres y los jóvenes, deben ocupar un lugar central en el diseño de las respuestas. No basta con reconocer esa disparidad. Debemos promover la participación plena, igualitaria y significativa de esos grupos de población.

En tercer y último lugar, necesitamos enfoques novedosos para superar este reto. Encomiamos los esfuerzos denodados que despliegan los Gobiernos, las organizaciones internacionales y regionales, los agentes del sector privado y los grupos humanitarios, así como sus importantes logros en esa esfera. Pese a ellos, la inseguridad alimentaria sigue agravándose. Si nos limitamos a aplicar los mismos enfoques no invertiremos la tendencia. Por tanto, ha llegado el momento de que amplíemos nuestros enfoques. Las asociaciones público-privadas son vitales para abordar ese ingente reto. Los Emiratos Árabes Unidos participan activamente en asociaciones público-privadas, como la campaña anual Dotación de Mil Millones de Raciones de Alimentos de las Iniciativas Mundiales Mohammed bin Rashid al Maktoum. En 2021, los Emiratos Árabes Unidos y los Estados Unidos pusieron en marcha la Misión de Innovación Agrícola por el Clima con el fin de catalizar la innovación y la agricultura inteligente desde el punto de vista del clima. Actualmente, en el marco de esta iniciativa se está trabajando con más de 50 asociados gubernamentales, el sector privado y la sociedad civil, y se han recaudado más de 13.000 millones de dólares para acelerar el cambio transformador.

El mundo no puede mantener la paz y la seguridad si carece de las necesidades más básicas de la humanidad. La tendencia de la que estamos siendo testigos es una muestra de la necesidad de redoblar nuestros esfuerzos. Espero que aprovechemos la oportunidad que nos brinda esta sesión para emprender una mayor acción concertada a escala mundial con el fin de superar este reto.

Sr. Yamada (Japón) (*habla en inglés*): En primer lugar, el Japón se congratula de la publicación de la

declaración de la Presidencia (S/PRST/2023/4) y encomia la totalidad de la labor que tanto usted, Sr. Presidente, como su equipo de los Estados Unidos acometen, así como los esfuerzos constructivos que ha desplegado cada uno de los demás Estados Miembros. Es fundamental que el Consejo de Seguridad afirme, con una sola voz, su determinación de abordar la inseguridad alimentaria provocada por los conflictos.

Al Japón le preocupa sobremanera el gran número de personas que se enfrentan a hambrunas y otras formas de inseguridad alimentaria causadas por los conflictos y el cambio climático. La alimentación es una necesidad humana básica. Por ello, no debe usarse jamás como un arma. Todos los días escuchamos las voces de las personas afectadas por la inseguridad alimentaria causada por conflictos provocados por el hombre. El Japón lamenta profundamente la decisión de Rusia de poner fin unilateralmente a su participación en la Iniciativa del Mar Negro, que había posibilitado las exportaciones de cereales desde Ucrania y contribuido a mejorar la seguridad alimentaria mundial. Rusia ha echado a perder enormes cantidades de cereales al atacar las instalaciones de almacenamiento de cereales y las terminales de carga en Odesa y a lo largo del Danubio. Entretanto, Rusia ha anunciado que reemplazará a Ucrania en el suministro de cereales a los países africanos. No debemos aceptar el intento de Rusia de convertir los alimentos en armas y destruir los cereales en Ucrania y, al mismo tiempo, aumentar sus propias exportaciones. El Japón insta encarecidamente a Rusia a reincorporarse al marco internacional establecido en asociación con las Naciones Unidas para reanudar las exportaciones de cereales desde Ucrania con el fin de mitigar la inseguridad alimentaria en el mundo. El Japón también sigue apoyando los canales de solidaridad liderados por la Unión Europea, que trabajan para garantizar que Ucrania pueda exportar cereales.

Las Naciones Unidas y el Consejo deben desempeñar su papel a la hora de abordar las cuestiones relativas a la seguridad alimentaria, ejerciendo al mismo tiempo su influencia y solidaridad. Para hacer frente a la hambruna y a la inseguridad alimentaria provocada por los conflictos no solo se requieren esfuerzos a corto plazo, como la ayuda alimentaria de emergencia, sino también acciones a mediano y largo plazo basadas en el concepto de seguridad humana, como el refuerzo de la resiliencia de los sistemas alimentarios. También revisten importancia los esfuerzos para prevenir los conflictos, que son las causas subyacentes de la inseguridad alimentaria. A ese respecto, el Japón cree que sería positivo

reducir las necesidades humanitarias futuras abordándolas de forma integral a través de un enfoque centrado en el nexo entre la asistencia humanitaria, el desarrollo y la paz. En los conflictos, es fundamental proteger a las personas vulnerables, como las mujeres y la infancia. Para garantizar la prestación de asistencia vital a esas personas vulnerables, las partes en conflicto deben respetar el derecho internacional humanitario.

La seguridad alimentaria y la ayuda humanitaria han sido prioridades absolutas para el Japón. Tenemos un extenso historial de prestación de diversas formas de asistencia y cooperación internacional, incluida la asistencia humanitaria, necesaria para quienes padecen hambruna e inseguridad alimentaria provocada por los conflictos. El Japón también se ha pronunciado sobre la necesidad de establecer un paso humanitario por el Mar Negro con el fin de transportar cereales desde Ucrania inmediatamente después de que comenzara la agresión rusa. El Japón se enorgullece de haber publicado en mayo la Declaración de Acción de Hiroshima para una Seguridad Alimentaria Mundial Resiliente, junto con países que representan diversas regiones de todo el mundo. Esa declaración puede servir como una orientación integral para responder a la crisis actual de la seguridad alimentaria y crear una agricultura y unos sistemas alimentarios resilientes a mediano y largo plazo.

Antes de concluir, permítaseme referirme a la cuestión de la hambruna y la inseguridad alimentaria en Asia Oriental y en otros lugares. Se informa de que muchas personas en Corea del Norte padecen hambre aguda. Por otro lado, Corea del Norte está gastando recursos ingentes en la fabricación ilícita de armas nucleares y misiles, y ha desviado de su pueblo recursos que necesita de forma crítica, lo cual tiene un costo inmenso. En violación de múltiples resoluciones del Consejo de Seguridad, Corea del Norte ha seguido lanzando de manera reiterada misiles balísticos y amenazando la paz y la estabilidad en Asia Oriental hasta el día de hoy. Es sumamente lamentable que el Consejo de Seguridad haya sido incapaz de adoptar medidas tangibles al respecto. El Consejo debe superar su silencio prolongado, hablar con una sola voz y adoptar medidas significativas. Pedimos sinceramente la comprensión y el apoyo de todos.

Sra. Fino (Albania) (*habla en inglés*): Permítaseme comenzar dando las gracias a la Presidencia de los Estados Unidos por haber convocado el oportuno debate de hoy y darle la bienvenida al Consejo a usted, Sr. Presidente. Agradecemos a los Estados Unidos su coherencia y su actuación continuada para mantener la atención en este asunto, que es de suma importancia para todos

nosotros, especialmente para las personas de todo el mundo que siguen atravesando las mayores dificultades por llegar a fin de mes. A ese respecto, acogemos con agrado la declaración de la Presidencia (S/PRST/2023/4) propuesta por los Estados Unidos y aprobada anteriormente como un recordatorio oportuno de nuestra obligación colectiva de poner todo en marcha para garantizar respuestas adecuadas que aborden la inseguridad alimentaria causada por los conflictos, incluidas la malnutrición y la hambruna. También quiero dar las gracias a los tres exponentes por sus exposiciones informativas esclarecedoras y por exponer las necesidades reales que existen en todo el mundo.

La inseguridad alimentaria es un reto mundial acuciante, y una serie de factores simultáneos, como los conflictos, el cambio climático, el subdesarrollo y las crisis macroeconómicas, amenazan más que nunca la seguridad alimentaria mundial. El número de personas en situación de inseguridad alimentaria pasó de 193 millones en 2021 a 258 millones en 2022. El año pasado, más de 250 millones de personas padecieron hambre aguda en 58 países y territorios. En 19 países, aproximadamente 117 millones de personas sufren altos niveles de inseguridad alimentaria aguda debido a los conflictos y la inseguridad. Ello ha afectado desproporcionadamente los esfuerzos de intervención humanitaria y asistencia alimentaria destinados a cubrir las necesidades cada vez mayores. Además, el hambre aguda, que está a un paso de la hambruna, es cada vez más alarmante y constituye una amenaza no solo para las comunidades y la población afectadas, sino también para la paz y la seguridad en numerosas regiones del mundo. Eso está ocurriendo ahora en el Afganistán, Haití, el Sahel, Sudán del Sur, el Sudán y el Yemen, donde la población afronta el hambre y la falta de una intervención humanitaria urgente.

Eso es también lo que está ocurriendo en Siria. El veto de Rusia a la reautorización de la asistencia transfronteriza en Bab al-Hawa (véase S/PV.9371) ha puesto en peligro la ayuda vital y la seguridad alimentaria de más de 4 millones de personas en el noroeste de Siria, dejándolas a merced de un régimen despiadado y tristemente célebre por su brutalidad. Con la retirada de Rusia de la Iniciativa del Mar Negro se confirma su adhesión a una política de militarización de los alimentos y de utilización de la hambruna como moneda de cambio para obtener beneficios políticos. Sin embargo, eso no es todo. Con sus bombardeos diarios de puertos marítimos dirigidos contra instalaciones de exportación de cereales e infraestructuras civiles, Rusia está cometiendo crímenes y jugando con la ansiedad de millones

de personas que no saben si tendrán alimentos en los próximos días y semanas. Las promesas de Moscú a diversos países africanos de suministrarles gratuitamente modestas cantidades de cereales, ridículas en comparación con las necesidades reales, forman parte de sus esfuerzos por sacar provecho del colapso de la Iniciativa y ganar apoyos en el continente africano. Pero deben tener cuidado. Ese tipo de caridad humanitaria tiene un precio amargo. Si no se adoptan medidas urgentes, cada vez más personas de África, Oriente Medio y otros lugares pasarán hambre.

El mayor reto en todos los conflictos es proteger a la población civil. Al mismo tiempo, es un empeño colectivo solemne. La resolución 2417 (2018) marcó una etapa decisiva, porque representó el reconocimiento por primera vez por parte del Consejo de Seguridad del vínculo entre los conflictos armados y la inseguridad alimentaria causada por los conflictos y la amenaza de hambruna. Utilizar el hambre como arma y táctica de guerra es erróneo y constituye un crimen. Está prohibido por el derecho internacional humanitario, y nunca debemos tolerar que se deniegue ilegalmente el acceso humanitario a los civiles o que se les prive de algo esencial para su supervivencia. No debemos tolerar jamás la impunidad de las violaciones del derecho internacional humanitario dirigidas contra infraestructuras civiles y servicios relativos a la alimentación. Albania elogia los esfuerzos y las medidas de los Estados Miembros, las Naciones Unidas, sus asociados en la ejecución, la sociedad civil y el sector privado para hacer frente a las necesidades humanitarias inmediatas y garantizar la seguridad alimentaria y la resiliencia de la población necesitada. Sin embargo, la mejor y más eficaz manera de prevenir la hambruna es prevenir los conflictos, poner fin a las guerras, abordar las causas profundas de la inseguridad en una etapa temprana e invertir en paz y desarrollo para garantizar sistemas alimentarios sostenibles, resilientes e inclusivos, en consonancia con los objetivos de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Permítaseme concluir diciendo que el mundo tiene alimentos suficientes, y nadie tiene por qué pasar hambre. No obstante, para garantizar realmente la seguridad alimentaria, debemos adoptar medidas para prevenir y poner fin a los conflictos optando por la paz y el desarrollo, participando en procesos de paz inclusivos que lleven a soluciones políticas sostenibles y fomenten la resiliencia y la labor conjunta en favor de una vida con derechos y dignidad. Eso puede hacerse diciendo no, con firmeza y decisión, a las guerras y los conflictos y

a sus consecuencias devastadoras. Requiere sentido de la visión, liderazgo, voluntad política y la adopción de medidas decisivas.

Sr. Hauri (Suiza) (*habla en francés*): Permítaseme en primer lugar felicitar al Reino Unido por su Presidencia del Consejo en julio, y le deseo a usted, Sr. Presidente, y a su equipo mucho éxito en los trabajos de este mes. Puede contar con el apoyo de Suiza. También quisiera darle las gracias por haber organizado este debate oportuno, y a las exponentes y al exponente por sus contribuciones. También acogemos con agrado la presencia de los representantes de alto nivel.

La guerra engendra hambre y el hambre engendra guerra. La crisis alimentaria mundial no tiene precedentes y está desestabilizando países y regiones, como también demostró el debate público sobre la protección de los civiles (véase S/PV.9327) celebrado el pasado mes de mayo bajo la Presidencia suiza. El fenómeno sigue agravándose en Somalia, el Sudán, especialmente en Darfur, Sudán del Sur, el Sahel, el Afganistán, el Yemen, Siria y otros lugares del mundo. Por ello, lamentamos la decisión de Rusia de dejar de aplicar la Iniciativa del Mar Negro y condenamos los recientes ataques a puertos ucranianos, a resultas de los cuales se corre el riesgo de que la situación mundial se siga deteriorando.

Al aprobar la resolución 2417 (2018), el Consejo expresó su conciencia de la necesidad de poner fin al círculo vicioso de los conflictos armados y la inseguridad alimentaria. Ha mostrado su empeño de prestar a esta cuestión toda la atención que merece para contribuir a prevenir la hambruna. El papel del Consejo en la prevención de crisis también forma parte esencial de la Nueva Agenda de Paz. Suiza pide la plena aplicación de los mecanismos de prevención previstos en la resolución 2417 (2018), y acoge con agrado la reciente reunión sobre la seguridad alimentaria en la República Democrática del Congo, Burkina Faso y Haití. Para prevenir mejor las crisis alimentarias, incluida la hambruna, mi país pide que se fortalezcan los tres ámbitos siguientes.

En primer lugar, es imperativo que todas las partes cumplan el derecho internacional humanitario y de los derechos humanos para minimizar el impacto de los conflictos armados en la situación alimentaria. Hay que preservar el acceso de la población civil a los bienes y servicios esenciales. Los objetos y servicios esenciales para la supervivencia de la población civil, como los alimentos, las instalaciones de agua y otras infraestructuras necesarias para la producción y el suministro de alimentos, no pueden ser objeto de ataques y deben ser

protegidos, tal y como exige el derecho internacional humanitario. Exhortamos a todas las partes a que permitan y faciliten el acceso rápido, seguro y sin obstáculos de la ayuda humanitaria a quienes la necesitan. Lamentamos que los agentes humanitarios, como el Comité Internacional de la Cruz Roja, no siempre puedan llevar a cabo sus operaciones, como ocurre actualmente en el corredor de Lachín, en el sur del Cáucaso. También recordamos la importancia de aplicar la resolución 2664 (2022), que facilita las operaciones humanitarias en algunos de los entornos más difíciles.

En segundo lugar, en muchos contextos frágiles, las mujeres y las niñas suelen ser las últimas en comer y las que menos comen. Esto es tanto más cierto en las situaciones de conflicto, donde mujeres y niñas deben buscar soluciones. Como señaló la Representante Especial del Secretario General sobre la Violencia Sexual en los Conflictos, no debemos subestimar el hecho de que la inseguridad alimentaria aumenta el riesgo de sufrir violencia sexual. Por eso, debemos tener en cuenta la perspectiva de género en las medidas orientadas a mejorar la seguridad alimentaria.

En tercer lugar, hay que luchar decididamente contra la impunidad, sobre todo en el caso de quienes optan deliberadamente por hacer pasar hambre a los civiles como método de guerra. Con demasiada frecuencia, se priva de manera intencionada a la población civil de sus medios de subsistencia, lo que causa un sufrimiento enorme y desestabiliza aún más las zonas de conflicto. En 2019, por iniciativa de Suiza, se modificó el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional para que también fuera posible enjuiciar la comisión de este crimen en situaciones de conflicto interno. Exhortamos a todos los Estados partes a que ratifiquen esa enmienda.

“No podemos construir la paz con el estómago vacío”, nos recordaba el agrónomo estadounidense y Premio Nobel de la Paz Norman Borlaug. Esto hace que sea aún más importante atajar las causas profundas de la inseguridad alimentaria. El conflicto armado y la violencia son los motores principales de esta difícil situación, exacerbada por la presión creciente de las crisis económicas y el cambio climático. La solución política de los conflictos debe ser parte de nuestro enfoque global encaminado a eliminar el hambre, garantizar el acceso de todas las personas a una alimentación suficiente y adecuada y promover sistemas alimentarios resilientes, inclusivos y sostenibles.

Sr. França Danese (Brasil) (*habla en inglés*): Doy las gracias a los exponentes por sus impactantes

presentaciones. Como coordinadores de esta cuestión en el Consejo, nos sumamos a Suiza para agradecer a los Estados Unidos esta oportunidad de avanzar en nuestra lucha contra la inseguridad alimentaria y la malnutrición provocadas por los conflictos. Asimismo, felicitamos a los Estados Unidos por su iniciativa y al Consejo por la aprobación de la declaración de la Presidencia sobre la inseguridad alimentaria provocada por los conflictos (S/PRST/2023/4).

Según el informe de 2023 sobre el estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo, se prevé que en 2030 habrá todavía unas 600 millones de personas que pasarán hambre. Tan solo en 2022, 2.400 millones de personas no tuvieron acceso a una alimentación adecuada, nutritiva, segura y suficiente. La combinación entre los efectos de la pandemia, las perturbaciones climáticas, los tipos de interés elevados, la subida de los precios alimentarios y de la energía y la existencia de conflictos ha afectado gravemente a la situación de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo, mientras que los conflictos armados siguen siendo uno de los principales motores del hambre.

El Brasil considera que la mejor manera de prevenir el hambre y la malnutrición a largo plazo es velar por que los países tengan capacidad para construir sistemas y mercados agroalimentarios resilientes. Debemos tener en cuenta las causas estructurales del hambre, como las desigualdades entre países y en el seno de países concretos, las trabas al comercio de alimentos, la imposición de sanciones unilaterales y la debilidad o inexistencia de políticas de protección social y alivio de la pobreza.

Para garantizar la estabilidad y la continuidad de la producción alimentaria, la atención internacional debe estar centrada en apoyar prácticas agrícolas sostenibles, desarrollar infraestructuras resilientes frente a las catástrofes y promover sistemas agroalimentarios diversificados. Garantizar el buen funcionamiento de los sistemas y mercados agroalimentarios es esencial para sostener la seguridad alimentaria en las situaciones de conflicto, como se reconoce en la resolución 2417 (2018).

Facilitar la transferencia de tecnologías eficientes y productivas y el acceso a las mismas es crucial para lograr sistemas alimentarios diversificados, resilientes y sostenibles. En consonancia con la iniciativa del Secretario General Alertas Tempranas para Todos, la comunidad internacional debe apoyar la creación de capacidades específicas en los países en desarrollo, a fin de que estemos mejor preparados frente a las perturbaciones que afecten a la disponibilidad y accesibilidad de los alimentos.

Para alcanzar este objetivo, hay que dar prioridad a los programas de transferencia de efectivo, para sostener la oferta y la demanda locales. Además, habría que estudiar la posibilidad de utilizar herramientas como la Ventanilla para Shocks Alimentarios del Fondo Monetario Internacional o el Fondo Mundial de Financiamiento de Importaciones de Alimentos, propuesto por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), para cubrir las necesidades de financiación, evitando al mismo tiempo distorsiones y perturbaciones de los mercados.

La reforma de las normas que rigen el comercio agrícola multilateral es indispensable también para prevenir la inseguridad alimentaria mundial. Muchos países afectados por conflictos ven limitado su desarrollo agrícola debido a la existencia de subvenciones que distorsionan el comercio y los precios y afectan negativamente a sus capacidades de producción.

Un tema importante del presente debate abierto tiene que ver con la colaboración entre el Consejo de Seguridad, el sistema de las Naciones Unidas y otros agentes a fin de catalizar los esfuerzos mundiales, garantizar la prestación de asistencia humanitaria y minimizar los efectos de la inseguridad alimentaria provocada por los conflictos. Los Estados Miembros deben incorporar plenamente en su labor las herramientas ya existentes en el sistema de las Naciones Unidas para luchar contra el hambre provocada por los conflictos.

Organismos como la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios, el Programa Mundial de Alimentos y la FAO alertan diligentemente sobre los riesgos de inseguridad alimentaria aguda en los países con situaciones de conflicto mediante diferentes informes, como las notas informativas encomendadas por la resolución 2417 (2018), a las que el Consejo debe dedicar plena atención. Una respuesta eficaz frente a la hambruna provocada por los conflictos debe incluir el uso adecuado de esta información y la adopción de medidas oportunas y decisivas para darle respuesta.

El derecho internacional humanitario prohíbe estrictamente la práctica de hacer pasar hambre a los civiles como método de guerra y concede una protección especial a los bienes indispensables para la supervivencia de la población civil, entre ellos los cultivos alimentarios, el ganado y otros recursos esenciales para la producción de alimentos.

Sin embargo, incluso cuando las partes en un conflicto respetan el derecho internacional humanitario, las repercusiones secundarias de dicho conflicto pueden

alterar los sistemas alimentarios. Las exenciones humanitarias, esenciales para la supervivencia de la población civil, también se deben incluir sistemáticamente en los regímenes de sanciones y las medidas antiterroristas. De otro modo, los agentes humanitarios deberán superar complejos obstáculos jurídicos, financieros y logísticos para asegurarse de que las personas necesitadas reciben la asistencia adecuada.

Las necesidades humanitarias tienen un papel central, pero se pueden atender mejor con una combinación de medidas orientadas al desarrollo, con apoyo específico de carácter agrícola, técnico y de subsistencia. Una cooperación internacional generosa, constante y orientada a los resultados, en sus múltiples formas, es esencial para lograr ese objetivo. El Brasil ha promovido activamente este tipo de cooperación con otros países en desarrollo, sobre todo de África y América Latina, y nos comprometemos a hacer más en esta línea.

Cada situación de conflicto plantea desafíos distintos para los sistemas agroalimentarios y las poblaciones afectadas. Por ejemplo, como informó recientemente la FAO, en muchos casos las mujeres siguen siendo las más vulnerables frente a la inseguridad alimentaria y nutricional, ya que aún afrontan riesgos, barreras y desventajas adicionales debido a su género.

Nuestra respuesta a la inseguridad alimentaria provocada por los conflictos debe incluir los tres pilares de las Naciones Unidas. Hay que satisfacer las necesidades humanitarias y permitir la prestación de asistencia de manera imparcial y sin trabas. El Consejo debe utilizar su capacidad política para fomentar soluciones de los conflictos que puedan aliviar los desafíos asociados a la accesibilidad de los alimentos.

Seguiremos trabajando plenamente en todos estos frentes y defendiendo con firmeza el derecho de cada persona a recibir una alimentación suficiente, nutritiva y adecuada. Reafirmo que eliminar el hambre en todas las situaciones y alcanzar el Objetivo de Desarrollo Sostenible 2 para 2030 son las máximas prioridades del Gobierno brasileño.

La única vía asegurada para acabar con el hambre provocada por los conflictos es la de la paz.

Sr. Biang (Gabón) (*habla en francés*): Felicito a los Estados Unidos de América por haber asumido la Presidencia del Consejo y por su iniciativa de convocar este importante debate, que hace hincapié en el vínculo existente entre la inseguridad alimentaria y los conflictos armados.

Doy las gracias a la Coordinadora de las Naciones Unidas para la Prevención y la Respuesta frente a las Hambrunas, Sra. Reena Ghelani, por su valiosa contribución. He escuchado con atención las conmovedoras intervenciones de la Sra. Navyn Salem y el Sr. David Miliband.

Nuestro debate se celebra una semana después de la Cumbre de las Naciones Unidas sobre los Sistemas Alimentarios, en la que se apeló a la conciencia universal sobre las proporciones alarmantes de la hambruna en el mundo y se insistió en la exigencia y la urgencia de hacerle frente. Nuestra sesión coincide, sobre todo, con un momento en que la seguridad internacional suscita más preguntas que respuestas.

Al aprobar los Convenios de Ginebra y sus Protocolos Adicionales, las naciones del mundo han estipulado clara y unánimemente en su contrato social que en las guerras rigen normas y que la beligerancia no constituye en absoluto una ausencia jurídica en la que se permiten todo tipo de crueldades y atrocidades.

Ese marco para la guerra nos vincula a nuestra humanidad, incluso en los tiempos más turbulentos. En ningún momento podemos ni debemos olvidar que la hambruna es una desgracia y una afrenta grave a la dignidad humana. Es aún más insoportable cuando se planifica o se mantiene, habida cuenta de que los recursos no escasean, como tan acertadamente ha señalado antes la Sra. Ghelani.

Por desgracia, en muchos de los campos de batalla y focos de tensión de todo el mundo, el hambre se utiliza como arma de guerra. Sobre la base de cálculos absurdos, con frecuencia se deniega el acceso a los alimentos. La escasez resultante aboca con mucha frecuencia a la hambruna y a enfermedades inherentes a la malnutrición y contribuye a deshacer el entramado social de sectores enteros de la humanidad. Los civiles, en particular las mujeres y la infancia, son quienes más expuestos están a los efectos de la hambruna.

Cuando no se utiliza como arma de guerra, la hambruna es con mucha frecuencia una fuente de conflicto e inestabilidad en los Estados frágiles. Como africanos, hablamos con conocimiento de causa. En el continente africano, más del 80 % de las personas que sufren inseguridad alimentaria viven en zonas afectadas por conflictos. En el reciente informe de las Naciones Unidas sobre la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo se incide claramente en el efecto impulsor que la hambruna ejerce en los conflictos armados, en los que actúa como catalizadora, al igual que lo hace en el caso

de otras amenazas para la paz y la seguridad internacionales, en especial el cambio climático.

Al mismo tiempo, los conflictos armados desencadenan y exacerbaban las crisis humanitarias, la pobreza y la hambruna. Esos factores se retroalimentan y refuerzan mutuamente, con lo que crean un círculo vicioso de angustia insostenible.

En la resolución 2417 (2018), aprobada por el Consejo el 24 de mayo de 2018, se reconoce la estrecha interrelación entre los conflictos armados y la inseguridad alimentaria. La persistencia del hambre no solo pone nuestra humanidad en tela de juicio, sino que reduce a la ficción los esfuerzos que realiza la comunidad internacional para poner fin a los conflictos armados.

En varias regiones del mundo, sobre todo en el Sahel, la región de los Grandes Lagos y el Cuerno de África, grupos armados y terroristas destruyen deliberadamente tiendas de comestibles, queman campos, impiden a los agricultores cultivar sus tierras y destruyen infraestructuras de producción y sistemas de transporte y distribución de alimentos. En esas regiones aquejadas de una inestabilidad crónica, niños esqueléticos mueren de hambre y quedan a merced de las aves de rapiña. Esa situación es moralmente insoportable.

Como miembros del Consejo de Seguridad, al que los pueblos del mundo han confiado el destino de su seguridad y su dignidad, debemos reaccionar. Nuestra respuesta debe ir más allá de las declaraciones superficiales y estar a la altura de la magnitud del desafío. Debemos movilizar un esfuerzo global para hacer frente a los efectos de los conflictos armados en la seguridad alimentaria mundial y, en última instancia, prevenir la aparición de nuevos focos de hambruna.

En primer lugar, tenemos que intensificar más la financiación de la adaptación al cambio climático y reforzar la inversión en agricultura sostenible y seguridad alimentaria a largo plazo. Ello implica apoyar a los pequeños agricultores, mejorar las infraestructuras agrícolas y promover prácticas agrícolas respetuosas con el medio ambiente. Todos debemos acoger favorablemente y apoyar el llamamiento a la acción que ha realizado el Secretario General António Guterres con objeto de acelerar la transformación de los sistemas alimentarios.

En segundo lugar, debemos reforzar los mecanismos de respuesta de emergencia para hacer frente a las crisis alimentarias agudas fortaleciendo los sistemas de alerta temprana, el suministro de ayuda alimentaria de emergencia y la coordinación de esfuerzos entre los organismos humanitarios y los Estados Miembros.

En tercer lugar, debemos garantizar la protección de las reservas de seguridad alimentaria, en particular consolidando los mecanismos existentes de prevención, solución y consolidación después de los conflictos e integrándolos plenamente en la gestión de las crisis alimentarias, de conformidad con lo dispuesto en la resolución 2217 (2015) sobre el hambre y la seguridad, la resolución 2573 (2021) sobre la protección de infraestructuras civiles críticas en tiempos de conflicto, y la resolución 2417 (2018), en la que se exhorta a las partes en conflicto a que, en primer lugar, no obstaculicen el funcionamiento adecuado de los sistemas y mercados alimentarios en situaciones de conflicto y, en segundo lugar, proporcionen asistencia técnica a los países frágiles, tanto en materia de acopio de reservas como de tecnologías apropiadas.

Está claro que la inseguridad alimentaria constituye una amenaza para la paz y la seguridad mundiales y exacerba las crisis humanitarias. La inseguridad alimentaria es un reflejo de la crisis de solidaridad que nos interpela como representantes de los pueblos del mundo y eslabones de la humanidad. Debemos responder de una manera más eficaz y concertada y sin más dilaciones.

Ahora es más importante que nunca que abordemos las causas subyacentes de los conflictos. También es esencial promover el diálogo, la mediación y la diplomacia para solucionar las controversias y tensiones que abocan en conflictos armados. La prevención de conflictos es un factor clave para garantizar la seguridad alimentaria y poner fin a la indignidad de la hambruna.

Sr. Agyeman (Ghana) (*habla en inglés*): Reconozco el liderazgo de los Estados Unidos en la importante cuestión de la inseguridad alimentaria mundial, que han incluido en la agenda del Consejo en tres ocasiones con ocasión de sus Presidencias sucesivas. Le garantizo, Sra. Presidenta, el apoyo y la cooperación de Ghana durante su Presidencia en este mes y felicito a la Embajadora Barbara Woodward y a la delegación del Reino Unido por haber dirigido eficazmente el Consejo durante el mes de julio.

También damos las gracias a la Sra. Reena Ghelani, al Sr. David Miliband y a la Sra. Navyn Salem por sus exposiciones informativas, en las que han puesto de relieve la magnitud de la hambruna en el mundo y la gravedad de la inseguridad alimentaria provocada por los conflictos, especialmente en los países y las poblaciones vulnerables en África.

La cruda realidad de la inseguridad alimentaria en el mundo es alarmante: 828 millones de personas padecen hambre y unos 50 millones se encuentran al borde

de la inanición. Esas cifras reflejan la vida de personas reales y son indicativas de una historia desgarradora de nuestra incapacidad colectiva para atender la más básica de las necesidades humanas.

Cinco años después de la aprobación de la resolución 2417 (2018), los conflictos siguen siendo uno de los principales motores de la inseguridad alimentaria aguda. Sin embargo, la inseguridad alimentaria no es solo una consecuencia de los conflictos violentos. Combinada con otros factores, puede ser un elemento impulsor de conflictos violentos y un factor que contribuye a su aparición y duración.

En varios lugares del mundo, la subida de los precios de los alimentos y el combustible ha provocado malestar e inestabilidad generalizados y, en el continente africano, donde las fragilidades son profundas, las subidas marcadas de los precios de los alimentos han venido acompañadas, con frecuencia, de descontento político, manifestaciones y agitación que han afectado a la estabilidad política.

Actualmente, como consecuencia del efecto que la guerra ha ejercido en Ucrania, vemos la influencia perturbadora de la inseguridad alimentaria en todos los países y sobre todo el mundo. Nuestra experiencia está marcada por las graves perturbaciones causadas por la agresión contra Ucrania a nuestra coyuntura socioeconómica.

Por ello, si bien acogemos con satisfacción el reciente anuncio hecho por la Federación de Rusia en la segunda Cumbre Rusia-África de enviar, de forma totalmente gratuita, cereales a seis países africanos, nos preocupa y decepciona profundamente que no se haya prorrogado la Iniciativa del Mar Negro. Prorrogar la Iniciativa, así como resolver los desafíos relacionados con la exportación de amoníaco, productos agrícolas y fertilizantes rusos a los mercados mundiales, representa una forma más duradera de prevenir el alza especulativa de los precios mundiales de los alimentos y fortalecer la seguridad alimentaria mundial, al tiempo que se mitigan sus efectos en cadena. Por lo tanto, hacemos un llamamiento a todas las partes para que trabajen con ánimo constructivo, a fin de garantizar la renovación de la Iniciativa.

Al reflexionar sobre la aplicación de la resolución 2417 (2018) y la contribución importante que ha aportado en los últimos cinco años, Ghana considera que debemos seguir centrándonos en la importante tarea de romper el vínculo destructivo entre los conflictos armados y el hambre y, al mismo tiempo, velar por que los sistemas alimentarios promuevan la paz y sus efectos positivos

asociados en el suministro de alimentos seguros y nutritivos a los civiles. En este sentido, seguimos instando a la comunidad internacional a poner en marcha una serie de medidas de emergencia y, simultáneamente, a hacer inversiones a largo plazo destinadas a romper el círculo vicioso del hambre y los conflictos.

Con respecto a las medidas inmediatas, Ghana insta a intensificar las medidas urgentes para responder a la grave inseguridad alimentaria y a las necesidades nutricionales de millones de personas vulnerables en situaciones de conflicto en todo el mundo, sobre todo en África, que es la región más afectada de todas. Hacemos un llamamiento a la comunidad internacional y a los organismos donantes para que prioricen los planes de respuesta humanitaria en favor de los países africanos, que carecen de financiación suficiente, así como a la ejecución de dichos planes para los países de África Occidental y el Sahel, ayudando así a alcanzar la meta de los 3.500 millones de dólares que se necesitan para responder a las necesidades crecientes. También instamos a reforzar los activos existentes en los centros humanitarios mundiales y regionales para asegurar que sus reservas alimentarias satisfagan las necesidades de la población de forma rápida y eficaz. Alentamos a desplegar todos los esfuerzos posibles para invertir el rápido y dramático deterioro de la seguridad alimentaria que se observa en los contextos afectados por conflictos e instamos a la comunidad internacional a unirse para exigir a las partes en conflictos que cumplan con sus obligaciones en virtud del derecho internacional, incluidos el derecho internacional humanitario y el derecho internacional de los derechos humanos. Insistimos en la necesidad de invertir a largo plazo, en especial en los países donde la inseguridad alimentaria y los conflictos están estrechamente relacionados. A este respecto, quisiera formular tres breves observaciones adicionales.

En primer lugar, nuestras acciones deben seguir haciendo hincapié en la preservación de la paz, la prevención de conflictos y el rápido despliegue de medios pacíficos para resolver las controversias antes de que desencadenen situaciones de violencia entre Estados o dentro de un Estado.

En segundo lugar, debemos centrarnos en fomentar la resiliencia de las economías y los sistemas alimentarios. Además de reconocer los efectos que el cambio climático tiene en la inseguridad alimentaria y los conflictos, debemos trabajar de consuno en los esfuerzos en favor de las medidas de adaptación en los países en desarrollo y las iniciativas agrícolas como la Posición Común Africana para los Sistemas Alimentarios Sostenibles, la

implementación ininterrumpida del Programa General para el Desarrollo de la Agricultura en África de la Unión Africana y su marco de resultados, los centros regionales para la seguridad alimentaria, como la Reserva Regional de Seguridad Alimentaria de la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental y la aplicación efectiva del mecanismo del Banco Africano de Desarrollo, con vistas a impulsar la seguridad alimentaria, la nutrición y la resiliencia en el continente.

En tercer lugar, debemos salvar la disparidad entre las necesidades y los suministros, sobre todo en las regiones que podrían correr el riesgo de sufrir sequías y donde las consecuencias de las situaciones inducidas por el cambio climático podrían agravar los conflictos. En este sentido, instamos a apoyar la aplicación acelerada del Acuerdo Continental Africano de Libre Comercio para ayudar a evitar futuras interrupciones de las cadenas de suministro de alimentos en el continente africano.

Para concluir, Ghana acoge con agrado la publicación de la declaración de la Presidencia de hoy (S/PRST/2023/4) y desea subrayar la necesidad de actuar con urgencia, a gran escala y de forma concertada, para responder a las necesidades de seguridad alimentaria y nutrición de los millones de personas vulnerables de todo el mundo, cuya situación ha empeorado a causa de los conflictos. Asimismo, debemos estar decididos a proporcionar asistencia humanitaria inmediata, reforzar la resiliencia de los más vulnerables y consolidar sistemas alimentarios sostenibles, resilientes e inclusivos, en consonancia con la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible y sus Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Sra. Frazier (Malta) (*habla en inglés*): Permítame darle las gracias, Sra. Presidenta, por la organización del importante debate de hoy, y desearles a usted y a su equipo mucho éxito durante la Presidencia del Consejo de Seguridad. Permítame también dar las gracias al Reino Unido por haber presidido el Consejo durante el mes de julio. Agradezco a los exponentes de hoy sus testimonios contundentes, su análisis y sus llamamientos directos a la acción. Malta celebra que se haya publicado la declaración de la Presidencia (S/PRST/2023/4) con motivo de la sesión de hoy.

En la actualidad, el mundo experimenta un agudo y alarmante aumento de la inseguridad alimentaria. Amenaza no solo la vida de millones de personas, sino también el tejido social de innumerables países de todo el mundo, lo que representa una grave amenaza a la paz y la seguridad internacionales. Detener la crisis exigirá una respuesta a la altura de la propia catástrofe, ya que

hay más de 258 millones de personas en todo el mundo que necesitan ayuda urgente y sostenida. Desde el Afganistán hasta Haití, pasando por el Sudán, la población de por sí enfrenta una situación de crisis, y según las previsiones de las principales organizaciones de lucha contra la hambruna, para la alimentación y la agricultura y humanitarias, es probable que, en diciembre, el hambre alcance niveles máximos a escala mundial. Además, como sabemos, esta crisis no es neutral desde el punto de vista del género. La inseguridad alimentaria y la desigualdad de género están interrelacionadas, porque las mujeres y las niñas suelen tener menos acceso a las tierras y menos control sobre ellas, a las medidas de apoyo al mercado de los pequeños agricultores y a la asistencia humanitaria.

El conflicto en el Sudán ha perturbado gravemente la producción de cultivos en todo el país, y se calcula que el 40 % de la población —19 millones de personas— ya se enfrenta a niveles alarmantes de hambre. El conflicto ha perturbado la agricultura, y también la siembra y la cosecha. Como el acceso a las semillas y los fertilizantes es limitado, los rendimientos de la próxima temporada suscitan grandes dudas. A menos que se aborde con urgencia, esta situación agudizará el hambre y garantizará una hambruna inducida por el hombre en los próximos meses, lo que acarreará consecuencias desastrosas para el Sudán y la región, donde la agricultura es la principal fuente de ingresos y de medios de subsistencia para la mayoría de la población.

Así como los conflictos son un factor del hambre, la violencia puede impedir el desarrollo de las operaciones humanitarias en zonas de peligro extremo. A menudo, limita el acceso de las organizaciones médicas y humanitarias y las lleva a trabajar adonde pueden y no adonde más se les necesita. Hoy vemos ejemplos de ello en Haití, el Yemen, la República Democrática del Congo y Burkina Faso. En los conflictos civiles, el acceso humanitario puede denegarse mediante medidas arbitrarias y burocráticas, y el Consejo de Seguridad no debe aceptar en ningún caso tales intentos de instrumentalizar el derecho internacional o de hacer que tales acciones escapen a su escrutinio. Instamos a las Naciones Unidas a que sigan detallando dichos obstáculos al acceso en sus informes al Consejo y en las notas blancas que estipula la resolución 2417 (2018). En su coordinación con los Estados anfitriones sobre la elaboración de tales documentos, las Naciones Unidas siempre deben afirmar su independencia operacional. Solo así podremos actuar colectivamente a tiempo.

Además, el Consejo debe tomarse en serio su obligación de garantizar la rendición de cuentas de quienes ordenan la destrucción de infraestructuras civiles fundamentales para la producción de alimentos, participan en dicha destrucción o impiden el funcionamiento de las infraestructuras. La impunidad no hace sino engendrar más violaciones. Ya sean cometidas por un general o por un comandante local, las violaciones deben atenerse a las consecuencias correspondientes. En este sentido, también pedimos a las Naciones Unidas que colaboren más estrechamente con las partes beligerantes, especialmente con los Estados, para garantizar que se eviten los conflictos de manera adecuada en relación con dichas infraestructuras en tiempos de conflicto armado.

Malta lamenta que la Federación de Rusia haya puesto fin a su participación en la Iniciativa del Mar Negro, que garantizaba el paso seguro de más de 32 millones de toneladas métricas de productos alimentarios desde los puertos ucranianos, paliando así el hambre en algunas de las regiones más afectadas del mundo. Instamos a la Federación de Rusia a que vuelva a tener en cuenta los buenos oficios del Secretario General y reconsidere los trágicos efectos que tendrá su acción.

Para concluir, sin una intervención humanitaria y agrícola de emergencia urgente y coordinada, nuestra inacción podría condenar a millones de personas a la inanición. De dolorosas experiencias pasadas, hemos aprendido que los esfuerzos para evitar la hambruna son eficaces cuando la comunidad internacional trabaja unida y orientada a la consecución de objetivos. Para evitar lo peor de la crisis mundial del hambre que se avecina, es esencial destinar más recursos a la resiliencia ante el clima, a la innovación agrícola, a los programas de acción anticipatoria y, sobre todo, a las intervenciones agrícolas tempranas. Paliar el hambre aguda es el primer paso en el camino hacia la consolidación de la paz.

Sr. Afonso (Mozambique) (*habla en inglés*): Mozambique felicita a Vuestra Excelencia, Sra. Presidenta, y al Gobierno de los Estados Unidos por haber asumido la Presidencia del Consejo de Seguridad. Nos comprometemos a cooperar plenamente con usted y con la delegación de los Estados Unidos en el Consejo de Seguridad. Encomiamos encarecidamente a los Estados Unidos por incluir por tres años consecutivos en la agenda del Consejo el tema de la hambruna y la inseguridad alimentaria mundial provocada por los conflictos. A ese respecto, acogemos con satisfacción la declaración de la Presidencia recién aprobada esta mañana (S/PRST/2023/4). Deseamos rendir homenaje a Su Excelencia la Embajadora Barbara Woodward y a la delegación del Reino

Unido en su conjunto por su excelente desempeño en la Presidencia del Consejo de Seguridad durante el mes de julio. Agradecemos a los distinguidos exponentes sus relevantes reflexiones sobre este importante tema.

“Poner fin al hambre, lograr la seguridad alimentaria y la mejora de la nutrición y promover la agricultura sostenible” es el título de uno de los objetivos declarados de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. Uno de los principales obstáculos para alcanzar ese noble objetivo es la creciente incidencia que tienen en el mundo los conflictos armados, el terrorismo y otros factores conexos. Esos factores afectan la seguridad alimentaria allí donde tienen lugar los combates y más allá. Los conflictos perturban y destruyen los sistemas alimentarios, reducen el sector de la población que se dedica a las actividades agrícolas, destruyen infraestructura, menoscaban la resiliencia y aumentan las vulnerabilidades. Según *Global Report on Food Crises*, los conflictos armados y otras amenazas a la seguridad llevaron a 139 millones de personas a una situación de inseguridad alimentaria aguda en 2021, lo que supone un aumento de casi 40 millones de personas respecto al año anterior. En 2022, la situación se deterioró aún más, ya que las repercusiones de los conflictos armados se dejaron sentir en todo el planeta. En el informe de 2023 se indica que, solo en el primer semestre del año, los conflictos, junto con otros factores negativos, como las crisis económicas y las condiciones meteorológicas extremas, empujaron a más de 117 millones de personas a la inseguridad alimentaria aguda.

Venimos de África, una región en la que nuestros Jefes de Estado y de Gobierno se han comprometido a aplicar una política colectiva dirigida a silenciar las armas y promover el desarrollo en aras de la paz y la prosperidad de nuestras naciones. Por tanto, somos conscientes de la funesta relación que existe entre la inseguridad y los conflictos armados. Muchos países de África y Asia son el centro de la atención en los informes sobre hambrunas. Se trata de países en los que el problema de la inseguridad alimentaria podría tener un efecto dramático, si no se adoptan con urgencia medidas humanitarias urgentes y coherentes.

Consideramos que la cooperación y el entendimiento entre los Estados o las partes beligerantes en aras de la ampliación de la asistencia humanitaria y la protección de la dignidad humana podrían contribuir enormemente a minimizar el sufrimiento de la población que a diario vive la tragedia de la guerra. Mozambique se solidariza con todos los que, debido a diversos conflictos, incluidos los motivados por el terrorismo transnacional,

se ven obligados a abandonar sus zonas de producción, con lo que aumentan la presión sobre la asistencia humanitaria. Defendemos la creación de condiciones para un acceso sin obstáculos a la asistencia humanitaria, con total respeto del derecho internacional humanitario.

Para contrarrestar la sombría situación imperante se requiere, entre otras cosas, un conocimiento profundo de la evolución de las amenazas y los desafíos a los que nos enfrentamos. Eso también requiere tener la capacidad necesaria para llegar a los segmentos afectados de la población y proveerles de un apoyo individualizado y oportuno que dé respuesta a sus necesidades, así como para fortalecer sus mecanismos positivos de afrontamiento. La mejor manera de llevar a cabo esa labor es mediante asociaciones y colaboraciones que refuercen las estructuras de apoyo existentes y aprovechen las ventajas comparativas que ofrecen las numerosas organizaciones y entidades presentes en cualquier crisis humanitaria, sin dejar de tomar en cuenta las realidades locales, nacionales y regionales. Para ello, Mozambique impulsa la aplicación de un enfoque humanitario integrado e inclusivo que se sustente en la coordinación intersectorial a todos los niveles entre asociados locales, nacionales, regionales e internacionales. Ese enfoque debe incluir a los sectores público y privado a fin de garantizar una seguridad alimentaria y nutricional sostenible para las poblaciones necesitadas, con miras a crear sistemas alimentarios sostenibles.

Con base en nuestra propia experiencia en Mozambique, consideramos que la seguridad alimentaria a nivel nacional o internacional llega con la paz y la normalización de la vida de las personas. La seguridad alimentaria llega con la voluntad y la fuerza para negociar y resolver pacíficamente las controversias allí donde surjan. Mientras tanto, para mitigar las situaciones humanitarias extremas, los Estados, los donantes y las organizaciones deben adoptar, de manera individual o colectiva, ciertas medidas. Entre esas medidas se incluye, en primer lugar, fortalecer la capacidad productiva de los países afectados facilitando el acceso a las tecnologías de producción, incluida una financiación adecuada para los sectores agrícola, ganadero y pesquero a fin de prevenir los conflictos. En segundo lugar, se deben eliminar todas las limitaciones y barreras a la cadena de distribución de fertilizantes e insumos y anular las medidas proteccionistas.

En tercer lugar, se debe fomentar el estricto cumplimiento de las obligaciones contraídas en virtud del derecho internacional humanitario y recordar a todas las partes en conflicto que se deben respetar y salvaguardar los objetos indispensables para la supervivencia de la población civil.

En cuarto lugar, es esencial incluir y prestar asistencia técnica a los grupos más vulnerables a los conflictos en las cadenas de valor del sistema alimentario. Entre ellos hay mujeres, jóvenes y personas con discapacidad.

Mozambique pide al Consejo de Seguridad que haga todo lo que sea posible por lograr la cesación de las hostilidades en todos los conflictos que siguen cobrándose vidas humanas en todo el mundo. Es nuestro deber, en virtud de la Carta de las Naciones Unidas, librar a los civiles inocentes del flagelo de la guerra y de las constantes situaciones de hambre y hambruna. Instamos a los Estados Miembros a que canalicen todos los medios y recursos posibles para alcanzar la paz, la seguridad y la estabilidad. En nuestra opinión, son bases sólidas para promover y crear la seguridad alimentaria en todo el mundo.

Sr. Zhang Jun (China) (*habla en chino*): Agradezco a la Sra. Ghelani, al Sr. Miliband y a la Sra. Salem sus exposiciones informativas.

La cuestión de la alimentación, que afecta a los medios de subsistencia y la seguridad de las personas, es compleja y delicada. Habida cuenta de su amplia dependencia de las cadenas de suministro y producción, representa uno de los desafíos mundiales más recurrentes desde hace tiempo. El Consejo de Seguridad concede gran importancia a la cuestión y ha adoptado medidas positivas al respecto desde diversos ángulos, entre otras cosas mediante la aprobación de la resolución 2417 (2018), en la que se establecen requisitos claros para proteger a los civiles, salvaguardar las instalaciones agrícolas y mejorar el acceso humanitario en los conflictos armados. La comunidad internacional debe colaborar para promover la aplicación eficaz de las disposiciones pertinentes del Consejo, respaldar la solución política de las controversias y romper el círculo vicioso del conflicto y la hambruna.

La situación actual de la seguridad alimentaria mundial está empeorando. Los datos que figuran en los informes de las Naciones Unidas y los ejemplos de situaciones expuestos por los exponentes de hoy son estremecedores y preocupantes. China apoya a los organismos de las Naciones Unidas para que aprovechen su experiencia profesional y sus funciones de coordinación a fin de movilizar a la comunidad internacional, especialmente a los países desarrollados, con el objetivo de aumentar la ayuda humanitaria y cubrir el déficit de financiación en la respuesta humanitaria mundial para aliviar las necesidades urgentes que sufre la población de los países afectados. Para abordar esas cuestiones urgentes y con vistas a resolver completamente la crisis

alimentaria, es esencial centrarnos en las causas fundamentales y realizar exámenes sistemáticos. Sin excepción, las principales víctimas de la crisis alimentaria son las poblaciones de los países en desarrollo. La inseguridad alimentaria es esencialmente el resultado de un desarrollo insuficiente y desequilibrado a escala mundial y una manifestación concreta de la brecha de desarrollo que existe entre el Norte y el Sur. Guarda estrecha relación con los sistemas injustos e irracionales de producción y comercio de alimentos y de gobernanza internacional que existen desde hace mucho tiempo.

La comunidad internacional debería aprovechar la oportunidad que brinda la celebración de la Cumbre sobre los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) en septiembre y la Cumbre del Futuro el próximo año para abordar tanto los síntomas como las causas fundamentales, mejorar las normas y reglamentos y adoptar medidas amplias para alcanzar el Objetivo 2 —hambre cero para 2030— en el plazo previsto. A ese respecto, quisiera plantear los aspectos siguientes.

En primer lugar, debemos establecer firmemente el concepto de seguridad común, ya que las causas de la crisis alimentaria son complejas y están entrelazadas con otras cuestiones de seguridad tradicionales y no tradicionales. De no realizarse esfuerzos para garantizar la seguridad común de la comunidad internacional, resultará difícil lograr una seguridad alimentaria sostenible. Debemos defender conceptos de seguridad comunes, amplios, cooperativos y sostenibles; seguir apoyando la solución pacífica de las controversias; abogar por el diálogo y responder a desafíos como la inseguridad alimentaria con un espíritu de unidad y una mentalidad en la que todos salgan ganando. Debemos oponernos firmemente a las sanciones unilaterales y a las medidas que afectan a la seguridad alimentaria internacional y a la cooperación mundial, como la desvinculación e interrupción de las cadenas de suministro, la alteración del orden del mercado y la eliminación de empresas de otros países. China insta a los países en cuestión a que pongan fin de inmediato a tales prácticas, que carecen de fundamento jurídico y son contrarias al espíritu de equidad y justicia.

La Iniciativa del Mar Negro y el memorando de entendimiento sobre las exportaciones rusas de cereales y fertilizantes han surtido un efecto positivo en el mantenimiento de la seguridad alimentaria mundial, y la oportunidad de reanudar el conjunto de medidas acordado sigue abierta. China espera que las partes interesadas intensifiquen el diálogo y las consultas y se encuentren a mitad de camino en su esfuerzo por encontrar una solución

equilibrada a las preocupaciones legítimas de todas las partes y restablecer la exportación de alimentos y fertilizantes de Rusia y Ucrania lo antes posible. China apoya al Secretario General y a las demás partes interesadas en los constantes esfuerzos que realizan en ese sentido.

En segundo lugar, hay que superar rápidamente la brecha de desarrollo que existe entre el Norte y el Sur. El desarrollo sostenible es la garantía más fundamental para alcanzar la seguridad alimentaria común. La comunidad internacional debería abordar la cuestión de la inseguridad alimentaria en el contexto del desarrollo sostenible y aprovechar las próximas oportunidades que se presentarán en 2023 para hacer un balance, como la Cumbre sobre los ODS y la Cumbre de las Naciones Unidas sobre los Sistemas Alimentarios. La comunidad internacional debería prestar atención a las voces de los países en desarrollo, tratar de reforzar el diálogo y la coordinación Norte-Sur y movilizar mayores recursos de desarrollo para crear mayores sinergias de desarrollo. Deberíamos esforzarnos con diligencia para ayudar a los países en desarrollo que lo necesiten a resolver los problemas de la agricultura, las zonas rurales y la ganadería, con el fin de aumentar la resiliencia al cambio climático y a los desastres naturales e incrementar la producción de alimentos y la autosuficiencia.

Los países desarrollados deberían poner fin a los subsidios agrícolas irracionales y adoptar políticas monetarias responsables para reducir los efectos de la inflación importada y las fluctuaciones de los tipos de cambio, entre otros factores, sobre la seguridad alimentaria de los países en desarrollo, al tiempo que trabajan seriamente para cumplir sus compromisos de asistencia oficial para el desarrollo. También se deberían abstener de los confinamientos tecnológicos y de las denominadas prácticas de patio pequeño y valla alta. En cambio, deberíamos acelerar las transferencias de tecnología y la aplicación e intercambio de conocimientos en ámbitos como la biología, el mundo digital y el espacio ultraterrestre, con el fin de crear mejores condiciones para que los países en desarrollo refuerzen su creación de capacidad y alcancen un desarrollo sostenible.

En tercer lugar, es esencial mejorar el sistema de gobernanza mundial de la agricultura y la alimentación. El mercado internacional de cereales desde hace tiempo afronta problemas como la monopolización del poder de fijación de precios por parte de los grandes comerciantes de cereales, los desequilibrios estructurales en las cadenas de producción y suministro y la financiarización de los productos básicos agrícolas. Algunos países han aplicado indiscriminadamente medidas coercitivas

unilaterales, creando serios obstáculos al desarrollo agrícola y económico de los países afectados. La comunidad internacional se debería centrar en ese tipo de problemas persistentes, que socavan la seguridad alimentaria mundial, y trabajar arduamente para resolverlos. En los procesos preparatorios de la Cumbre de los ODS y de la Cumbre del Futuro, será fundamental examinar de forma exhaustiva cómo mejorar la gobernanza mundial de la alimentación y la agricultura a los niveles institucional y de elaboración de normas, con el objetivo de aumentar la representación y el poder decisorio de los países en desarrollo. Hay que esforzarse por eliminar las restricciones y sanciones unilaterales a la producción y exportación de alimentos y combatir el capital especulativo y la subida de precios, con el fin de crear un sistema de cadena de suministro seguro, estable, eficiente, abierto, inclusivo y mutuamente beneficioso, así como un orden internacional del comercio alimentario más justo y razonable.

Los hechos dicen más que las palabras. China ha contribuido a mantener la seguridad alimentaria mundial adoptando medidas proactivas. China ha propuesto iniciativas de desarrollo global y una iniciativa de cooperación internacional en materia de seguridad alimentaria que aboga por una mayor cooperación alimentaria práctica. Hemos prestado asistencia a los países en desarrollo en forma de financiación, tecnología y acceso a los mercados para mejorar sus capacidades de producción, almacenamiento y reducción de pérdidas de alimentos. China ha cooperado en el ámbito de la agricultura con más de 140 países y regiones, ha proporcionado más de 1.000 tipos de tecnología agrícola a los países en desarrollo y ha capacitado a más de 14.000 profesionales en tecnología del arroz híbrido para más de 80 países en desarrollo. También hemos facilitado ayuda alimentaria de emergencia a países necesitados. Estamos dispuestos a colaborar con otros países para seguir contribuyendo a la seguridad alimentaria mundial gracias a la mejora de los intercambios y la cooperación.

Sra. Broadhurst Estival (Francia) (*habla en francés*): Sra. Presidenta: Quisiera felicitarla y agradecer a los Estados Unidos la organización de este debate público sobre un tema tan importante, que amplía la sesión organizada por la Presidencia británica el 17 de julio (véase S/PV.9380), en la que participó la Ministra francesa de Europa y Relaciones Exteriores. Doy también las gracias a todos los exponentes por sus exposiciones informativas esclarecedoras.

El año 2022 fue un año negro para la seguridad alimentaria y, tras la retirada de Rusia de la Iniciativa del

Mar Negro, podemos albergar los peores temores para los próximos meses. Esta crisis aguda afecta a todo el mundo, pero golpea con especial dureza a los países más vulnerables y pobres.

Quisiera comenzar con la observación siguiente. La guerra de agresión de Rusia contra Ucrania sigue agravando una situación ya de por sí sumamente preocupante, causada por el aumento de los conflictos armados, los efectos del cambio climático, la erosión de la biodiversidad y la pandemia de enfermedad por coronavirus. Rusia es directamente responsable del agravamiento de esta crisis de múltiples factores. Haciendo oídos sordos a los esfuerzos del Secretario General y de Türkiye, Rusia puso fin de forma unilateral y brutal a la Iniciativa del Mar Negro, que permitía transportar cereales a 45 países y a la población vulnerable, en particular a través de la asistencia humanitaria del Programa Mundial de Alimentos. Permitía estabilizar los precios mundiales y evitar la escasez. Al imposibilitar que los cereales ucranianos lleguen a los mercados mundiales y bloquear el transporte marítimo en el mar Negro, Rusia amenaza directamente la seguridad alimentaria mundial y el abastecimiento de los países más afectados. De ese modo, pretende destruir las capacidades de producción y exportación de Ucrania, en particular bombardeando infraestructuras portuarias y terminales de grano, en total violación del derecho internacional.

Su objetivo es asfixiar el sistema agrícola ucraniano, no solo para reducir los ingresos de Ucrania, sino también para hacerse con una posición dominante en los mercados y servir sus propios intereses económicos, los de sus empresas agrícolas. El alza de los precios de los cereales a que pretende dar lugar redundaría en su beneficio, pero en detrimento de todos los demás países. Tras chantajear de forma inaceptable la renovación de la Iniciativa del Mar Negro, Rusia añade ahora la irresponsabilidad al cinismo en su manipulación de la crisis alimentaria mundial. Rusia debe dejar de hacer del hambre un arma de guerra.

La respuesta a la inseguridad alimentaria y la malnutrición es responsabilidad de todos. Francia está poniendo todo su empeño en esa lucha. Tomó de inmediato la iniciativa de contribuir a la respuesta a la crisis alimentaria mundial, poniendo en marcha una serie de iniciativas, entre ellas la Misión de Resiliencia Alimentaria y Agrícola y la operación Rescate de Cultivos. De ese modo hemos movilizado más de 900 millones de euros en concepto de ayuda alimentaria de emergencia, resiliencia agrícola y desarrollo de sistemas agrícolas de los países más vulnerables, incluidos 160 millones de euros para el Programa Mundial de Alimentos, es decir,

el doble que en 2021. Recuerdo que, al mismo tiempo, Rusia redujo a la mitad su contribución al Programa en 2022, y que sigue privando al Programa Mundial de Alimentos del trigo ucraniano.

Junto con nuestros asociados europeos, apoyamos los corredores de solidaridad creados por la Unión Europea. Han permitido transportar 41 millones de toneladas de cereales fuera de Ucrania desde marzo de 2022. Actualmente son la única ruta para los cereales ucranianos y tenemos la intención de fortalecerlos. Francia seguirá asumiendo el liderazgo en los próximos meses y acogerá la primera reunión mundial de la Coalición de Comidas Escolares en París en octubre. El objetivo de la Coalición es garantizar que todos los niños tengan al menos una comida sana y nutritiva al día, lo que representa tanto una red de seguridad social como un medio para fomentar la asistencia escolar. También acogerá la próxima Cumbre sobre Nutrición para el Crecimiento.

En un momento en que la inseguridad alimentaria está alcanzando niveles sin precedentes, el cumplimiento del derecho internacional humanitario es imperativo para que la ayuda llegue a la población necesitada. Francia recuerda que hacer padecer hambre a la población civil de manera deliberada constituye un crimen de guerra. Ese crimen no debe quedar impune.

La ayuda humanitaria debe poder entregarse de forma segura, rápida y sin obstáculos a todas las personas necesitadas. Como nos recordaron todos los oradores, el acceso a la ayuda es esencial y crítico para todos los países más expuestos al riesgo de hambruna.

Francia también quisiera pedir hoy que se levanten los obstáculos a la entrega de ayuda humanitaria y alimentaria a la población de Nagorno Karabaj a través del corredor de Lachín, así como los obstáculos a la circulación, de conformidad con la providencia de la Corte Internacional de Justicia de 22 de febrero de 2023.

En un momento en que el espacio humanitario se reduce, Francia reitera su apoyo pleno y total a todos los agentes humanitarios en el cumplimiento de sus difíciles misiones. Francia apoya el proyecto de declaración de la Presidencia presentado por los Estados Unidos y les da las gracias por ello (S/PRST/2023/4).

Sr. Pérez Loose (Ecuador): Sra. Presidenta: Le agradezco por convocar este debate y agradezco a los expositores por sus valiosas ponencias.

El Ecuador se suma al discurso que pronunciará la delegación de Irlanda en nombre del Grupo de Amigos de la Acción contra el Conflicto y el Hambre, que copresidimos.

¿Cuánto le costó al Consejo aprobar en 2018 la resolución 2417 (2018) sobre hambre y conflicto? Hoy se trata de una herramienta valiosa de alerta temprana y respuesta. Precisamente mantuvimos la semana pasada un diálogo informal interactivo sobre riesgos de la seguridad alimentaria para considerar la nota de alerta sobre la situación de riesgo en Burkina Faso, la República Democrática del Congo y Haití. Esperamos que la sesión de hoy sirva como una caja de resonancia para la movilización de esfuerzos y recursos de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA), el Programa Mundial de Alimentos, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, los actores humanitarios y los donantes para aliviar la crisis en esos países. Pero, ¿qué más podemos hacer como Consejo de Seguridad? No pretendemos que exista una receta genérica, aplicable a todos los Estados, pero la paz y la estabilidad son contextos indispensables.

En el caso de Haití, con la resolución 2692 (2023) del pasado 14 de julio, abarcamos las principales recomendaciones de OCHA. El Consejo instó a todas las partes, incluidas aquellas con capacidad para influir en los grupos armados, a que tomen medidas para que no se sigan bloqueando las carreteras, necesarias para abastecer los mercados locales, y que paren los daños a las fuentes de alimentos, los cultivos y el ganado, o los suministros médicos. Se tomaron en cuenta también las necesidades de acceso humanitario seguro, rápido y sin trabas. Hoy saludamos la aprobación de la declaración de la Presidencia (S/PRST/2023/4), que también recoge esas recomendaciones. Por supuesto, esperamos que haya el suficiente acompañamiento para que se implementen en el terreno. El despliegue de una fuerza especializada de apoyo a la policía haitiana favorecerá los esfuerzos en Haití. La seguridad es indispensable pero no suficiente, por lo que simultáneamente debemos avanzar en la implementación de otras estrategias que requieren de la cooperación de los donantes para Haití en el ámbito socioeconómico.

Con más de 250 millones de personas que desde 2022 padecen de hambre aguda en un tercio de los Estados Miembros de las Naciones Unidas, enfocarnos en la seguridad alimentaria es central; más aún, cuando la mayoría de esos casos involucran escenarios de crisis y violencia armada. Reiteramos la obligación de todas las partes de hacer todo lo posible para garantizar el buen funcionamiento de los sistemas y mercados de alimentación, protegiendo los bienes de producción, almacenamiento y distribución de alimentos, así como el abastecimiento de agua. El Consejo debe asegurar el

cumplimiento de la resolución 2573 (2021), sobre la protección de bienes esenciales, copatrocinada por el Ecuador en 2021. Reiteramos, así, la prohibición de atacar, destruir, sustraer o inutilizar los bienes agrícolas y las cosechas. Condenamos cualquier práctica de hacer padecer hambre a la población como una táctica de guerra y cualquier bloqueo o agresión contra los proveedores de asistencia humanitaria.

Si sabemos que cerca de 25.000 personas mueren por hambre cada día, ¿cuántas personas han fallecido por hambre aguda en este quinquenio? ¿Cuántas personas perdieron la vida por falta de alimentos desde los debates del Consejo de marzo de 2021 (véase S/2021/250) o mayo de 2022 (véase S/PV.9036)? ¿Cuántos desde el debate sobre protección de civiles (véase S/PV.9327), hace solo tres meses, y cuántos desde el inicio de la sesión de hoy? Sin embargo, también debemos ser capaces de preguntarnos: ¿cuántas vidas las Naciones Unidas y el Consejo salvaron, y qué estamos haciendo para evitar que más países caigan en riesgo de hambruna? En abril del año pasado, el Ecuador albergó la Conferencia Regional para América Latina y el Caribe de la Organización para la Alimentación y la Agricultura, debido a la preocupación por el aumento del hambre y de la inseguridad alimentaria en mi región y en el mundo.

Reiteramos la necesidad de que se retome la Iniciativa del Mar Negro y se establezcan otras que permitan evitar el deterioro de la inseguridad alimentaria global. Asimismo, el comercio de fertilizantes, semillas e insumos agrícolas no debe sufrir restricciones.

Debemos impulsar que se profundicen los esfuerzos de todos los órganos y agencias del sistema de las Naciones Unidas y de los Estados Miembros, para que podamos pasar la página de una época de la humanidad en la cual el gasto militar alcanza los 2 billones de dólares y un tercio de la producción de alimentos saludables se desperdicia, mientras niñas y niños ingieren galletas de tierra y barro.

Dame Barbara Woodward (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte) (*habla en inglés*): Sra. Presidenta: Permítame comenzar dando la bienvenida a la Presidencia del Consejo de Seguridad a usted y a su equipo y expresando mi agradecimiento a la Presidencia estadounidense por haber traído de nuevo al Consejo la cuestión de la inseguridad alimentaria, tras la resolución 2417 (2018). También quiero dar las gracias a Reena Ghelani, David Miliband y Navyn Salem por haber aportado al Consejo sus conocimientos expertos y, lo que es más importante, sus propuestas de actuación.

Como todos hemos escuchado, el número de personas que padecen inseguridad alimentaria aguda se ha disparado, pasando de los 193 millones de 2021 a más de 250 millones en la actualidad, siendo los conflictos el principal factor. La semana pasada, el Consejo se reunió para abordar la advertencia de las Naciones Unidas sobre el rápido deterioro de la seguridad alimentaria en Burkina Faso, la República Democrática del Congo y Haití. El mensaje fue claro: debemos actuar ahora para evitar un deterioro aún mayor. Con ese espíritu, quiero sumarme a los demás para centrarme en la acción y proponer tres medidas. Estas medidas se solapan con lo que ya propusieron otros en el curso de nuestro debate y, en particular, con las propuestas de la Coordinadora de las Naciones Unidas para la Prevención y la Respuesta frente a las Hambrunas.

En primer lugar, el Consejo debe emprender una acción concertada para atajar los factores impulsores del conflicto e invertir en una paz inclusiva y sostenible. La Nueva Agenda de Paz del Secretario General aboga por renovar la cooperación multilateral y por situar a las mujeres, afectadas de manera excepcional por la inseguridad alimentaria, en el centro de las iniciativas de paz. En el Afganistán, si no quieren ver cómo sus hijos mueren, algunas madres se enfrentan a una alternativa desgarradora: vender a sus hijos o padecer inanición. Las mujeres congoleñas de los campamentos de desplazados se ven obligadas a ejercer trabajo sexual para poder comprar comida.

En segundo lugar, exhortamos a las partes involucradas en conflictos a que se atengan al derecho internacional humanitario y permitan el acceso rápido y sin trabas del personal humanitario a las personas necesitadas. En el Sudán y en Somalia, las comunidades que pasan hambre están rodeadas de zonas de combate, y el personal humanitario no puede llegar hasta ellas para llevarles comida. El derecho internacional humanitario es nuestra mayor defensa contra el hambre en las situaciones de conflicto armado, y quienes lo infringen deben rendir cuentas.

Por último, debemos proteger los sistemas alimentarios mundiales. La Iniciativa del Mar Negro logró introducir casi 33 millones de toneladas de cereales en los mercados mundiales. La decisión de Rusia de poner fin a esa iniciativa ha elevado los precios alimentarios, lo que afecta a quienes más hambre pasan en el mundo. La oferta de Rusia de dar 50.000 toneladas de cereales a cada uno de los seis países no hará que bajen los precios cerealeros ni ayudará a quienes afrontan situaciones de hambruna en otros países. Este gesto insuficiente dista

mucho de resolver el problema mundial creado por Rusia. Seamos claros. Las sanciones del Reino Unido, los Estados Unidos y la Unión Europea no tienen por objeto los alimentos ni los fertilizantes. Tienen por objeto la maquinaria bélica de Rusia. Como dijo el Presidente sudafricano Ramaphosa, el mar Negro debe estar abierto. Exhortamos a Rusia a que se reincorpore de inmediato a la iniciativa. Sabemos lo que debemos hacer para frenar los crecientes niveles de hambre. Pasemos de las palabras a los hechos.

Sr. Polyanskiy (Federación de Rusia) (*habla en ruso*): Doy las gracias por su exposición a la Coordinadora de las Naciones Unidas para la Prevención y la Respuesta frente a las Hambrunas Reena Ghelani. Hemos escuchado también con atención a los representantes de organizaciones no gubernamentales que los Estados Unidos propusieron como exponentes.

No cabe duda de que el tema de la presente sesión —la lucha contra el hambre— es sumamente importante. Rusia, al igual que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas antes que ella, ha dado prioridad a esta cuestión históricamente, no solo en relación con conflictos específicos, sino en el contexto más amplio de la lucha por los derechos humanos sociales y económicos. Los esfuerzos de la Unión Soviética en este ámbito son recordados con gratitud en muchas regiones del mundo. Nos complace que nuestros colegas occidentales hayan empezado también a reflexionar sobre este asunto, aunque, por desgracia, como se desprende con claridad de las declaraciones que hemos escuchado, su interés es puramente oportunista. La amenaza del hambre en el mundo solo ha comenzado a preocuparlos recientemente, y únicamente en la medida en la que les parece posible explotarla para vilipendiar a Rusia.

Por otro lado, para nosotros es obvio que muchas crisis alimentarias, sobre todo las más agudas, están causadas de manera directa o indirecta por las acciones de los Estados Unidos y sus aliados o son consecuencia de sus políticas de larga data. Por ejemplo, el Afganistán, que ha mencionado nuestra colega del Reino Unido, lucha por salir del abismo del hambre y la pobreza desde hace más de 20 años debido a los experimentos de la coalición liderada por los Estados Unidos para democratizar este país profundamente tradicional al modo occidental. A pesar de que nuestros colegas, los miembros occidentales del Consejo de Seguridad, no han tenido el valor de nombrar sinceramente las causas fundamentales de las crisis alimentarias y de otro tipo que azotan países como el Iraq, Libia y Siria, todos sabemos muy bien que están causadas por las intervenciones ilegales de los Estados

occidentales. En el caso de Siria, que antaño fue el granero de muchos de sus vecinos, los Estados Unidos siguen ocupando grandes extensiones de dicho país y robando petróleo, cereales y otros recursos naturales.

Sea como fuere, propongo empezar abordando las causas profundas de las amenazas a la seguridad alimentaria, sobre las que nuestros colegas occidentales guardan un tímido silencio. Según las estimaciones de las Naciones Unidas, técnicamente no hay escasez alimentaria aguda en el mundo. Es decir, el problema no es la falta de alimentos. Se producen suficientes alimentos para todo el mundo. El problema es su distribución desigual, ya que Occidente acumula un exceso de existencias y los países en desarrollo padecen un déficit. La segunda razón es lo que los economistas llaman el entorno de los precios de los alimentos. Sencillamente, a los mayores productores de productos agroindustriales les resulta rentable mantener los precios elevados. Me refiero a las denominadas “cuatro gigantes” —las empresas estadounidenses Archer Daniels Midland, Bunge y Cargill, y la neerlandesa Louis Dreyfus Company— que representan entre el 75 % y el 90 % del comercio mundial de productos agroindustriales. Solo en el ejercicio fiscal de 2022, la empresa Cargill incrementó sus ventas un 23 %, hasta alcanzar los 165.000 millones de dólares, y obtuvo un beneficio neto récord de 5.000 millones de dólares.

Deberíamos preguntarnos por qué, mientras el complejo agroindustrial occidental se embolsa superbeneficios, la amenaza de la hambruna se cierne sobre los países en desarrollo con una población en crecimiento. ¿Por qué sus economías son incapaces de cubrir sus necesidades? La respuesta es muy sencilla: los colonialistas occidentales las adaptaron deliberadamente para extraer los máximos beneficios para sus metrópolis y no para que pudieran alimentar a su población. Se les impuso la especialización agrícola de monocultivo, que ahora se traduce en exportaciones que a menudo consisten en uno o dos tipos de productos. Esta estructura económica los hace extremadamente sensibles a las fluctuaciones de los precios en los mercados mundiales de alimentos, cuya inestabilidad actual se debe a que, durante la pandemia de la enfermedad por coronavirus, los Estados occidentales se apresuraron a salvar sus economías, sin importarles lo más mínimo cómo sus precipitadas medidas en los sectores financiero, económico, energético y de otro tipo afectarían a agentes más vulnerables de la economía mundial.

Hace un año, en respuesta a los llamamientos de las Naciones Unidas, dejamos de lado nuestras reservas

y firmamos un acuerdo para la exportación de cereales. Pero, también en este caso, los países occidentales consiguieron ponerlo todo a su favor. Una de las dos partes del acuerdo, la Iniciativa del Mar Negro, pasó muy rápidamente de ser humanitaria a comercial. En consecuencia, solo el 3 % de los cereales exportados se destinó a los países necesitados, mientras que la mayor parte acabó en los países occidentales. ¿Es eso lo que acordamos?

La hipocresía de nuestros antiguos asociados occidentales quedó aún más patente en su arrogante falta de voluntad para cumplir la segunda parte del acuerdo sobre cereales: el memorando de entendimiento entre Rusia y las Naciones Unidas sobre el suministro de alimentos y fertilizantes rusos a los mercados mundiales. Y ello a pesar de que la cuota de Rusia en el mercado mundial del trigo es del 20 %, mientras que la de Ucrania es inferior al 5 %. Esto significa que Rusia contribuye considerablemente a la seguridad alimentaria mundial y es un proveedor internacional de productos agrícolas sólido y responsable, por no mencionar la importancia excepcional de los fertilizantes rusos para la seguridad alimentaria mundial.

Cabría pensar que, ante estos hechos evidentes, los países occidentales se centrarían en velar por que los cereales y los fertilizantes rusos puedan llegar sin obstáculos a los países necesitados; sin embargo, eso no forma parte de los planes de nuestros colegas occidentales, como anteayer confirmó usted inequívocamente, Sra. Presidenta. Entonces, ¿cómo podemos hablar de los deseos de su país de resolver los problemas de seguridad alimentaria internacional? Lo único que les mueve es el deseo de castigar a Rusia y sus sueños imposibles de infligirle una derrota estratégica. A ustedes no les importan en absoluto los intereses de los países del Sur Global, pero a nosotros sí. Por lo tanto, repito una vez más que si se eliminan todos los problemas que hemos planteado públicamente, en particular en este Salón, en relación con la aplicación del memorando entre Rusia y las Naciones Unidas, estaremos dispuestos a participar de nuevo en la Iniciativa del Mar Negro.

Las delegaciones occidentales han presentado hoy literalmente cifras detalladas de la ayuda humanitaria que prestan a los países en desarrollo. No nos corresponde a nosotros juzgar si eso es suficiente para compensar el daño causado por siglos de crueles políticas coloniales de saqueo de los recursos naturales y explotación de las poblaciones, sino a los Estados que lo han sufrido.

¿Los países occidentales ayudan mucho o poco? Es de mala educación contar el dinero de los demás, pero

es difícil no darse cuenta de que la cantidad de ayuda proporcionada por los Estados Unidos y sus aliados a los países del Sur Global no puede compararse con lo que Occidente ha gastado en armas en menos de dos años para su guerra subsidiaria con Rusia hasta el último ucraniano. Según los cálculos más conservadores, asciende a 80.000 millones de euros, mientras que el total de fondos asignados a Ucrania es de 165.000 millones de euros. Y ello a pesar de que la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios solicitó 55.200 millones de dólares a los donantes para todas sus operaciones humanitarias para 2023, y hasta la fecha solo se ha financiado el 24,8 % de esa cantidad. ¿Imaginan cuánto bien podría hacerse en el mundo si los Estados Unidos y sus aliados destinaran dinero a la ayuda para el desarrollo con la misma facilidad con la que patrocinan guerras en todo el mundo?

Ahora me gustaría destacar otra cuestión: a pesar de todos sus eslóganes benévolos, la ayuda de los donantes de los países occidentales no es desinteresada y siempre viene acompañada de condiciones políticas previas. Un claro ejemplo de ello es la situación con el mecanismo humanitario transfronterizo para Siria, donde los Estados occidentales están chantajeando abiertamente al pueblo sirio, buscando un cambio de poder. Otro ejemplo son las amenazas que profieren ahora el Sr. Josep Borrell Fontelles y los dirigentes del Reino Unido, Francia y los Estados Unidos de dejar de ayudar al Níger. ¿De repente la gente ha dejado de morir de hambre allí después del golpe? En otras palabras, es evidente que Occidente utiliza toda esa ayuda humanitaria únicamente como herramienta de control sobre los Estados que se ven obligados a recurrir a ella. No se tienen en cuenta las necesidades de la población.

A mis colegas de los países en desarrollo les digo: no se equivoquen, los hábitos y métodos de los antiguos colonizadores no han cambiado, solo lo ha hecho el envoltorio. Por cada dólar gastado supuestamente en ayuda, exigirán un pago de soberanía e independencia política. Muchos Estados africanos ya lo han vivido de primera mano y no quieren soportar un planteamiento semejante. Eso hace al Sr. Borrell Fontelles perder el sueño en su Jardín del Edén, ya que hoy ha decidido repentinamente que, al vender cereales a bajo precio, Rusia hace de algún modo dependientes a sus compradores. No voy a comentar la lógica perversa del jefe de la diplomacia de la Unión Europea; simplemente diré que los hechos no están a su favor.

Rusia nunca ha considerado África, Asia o América Latina un lugar para sacar provecho. A pesar de todos

los obstáculos impuestos por los Estados Unidos y sus aliados, hemos ayudado, aún estamos ayudando y seguiremos ayudando gratuitamente a los necesitados de todo el mundo. Hemos construido y seguiremos construyendo fábricas, escuelas, hospitales y universidades para que puedan utilizar sus recursos naturales para crear bienes con valor añadido, en lugar de exportar materias primas, para que sus jóvenes puedan quedarse en casa, en lugar de abandonar sus países en masa.

Comprendemos la importancia de no interrumpir el suministro de alimentos a los países africanos; es importante para el desarrollo socioeconómico y para mantener la estabilidad política. Por eso prestamos especial atención a los envíos de trigo, cebada, maíz y otros cereales a nuestros amigos africanos, a través del Programa Mundial de Alimentos, entre otros.

El año pasado, el comercio de productos agrícolas entre Rusia y los países africanos creció un 10 % y ascendió a 6.700 millones de dólares, mientras que, de enero a junio, ya ha aumentado un 60 %, una cifra récord. Rusia exportó 11,5 millones de toneladas de cereales a África en 2022, y solo en los seis primeros meses de este año ya ha exportado casi 10 millones de toneladas. Quiero subrayar que todo esto ha tenido lugar a pesar de las sanciones unilaterales ilegales impuestas a nuestras exportaciones, que obstaculizan gravemente el suministro de alimentos rusos y complican el transporte, la logística, los seguros y los pagos bancarios.

Además, como se anunció en la cumbre celebrada recientemente entre Rusia y África, en los próximos meses podremos suministrar gratuitamente entre 25.000 y 50.000 toneladas de cereales a Burkina Faso, la República Centroafricana, Eritrea, Malí, Somalia y Zimbabwe.

También recuerdo nuestra disposición a donar fertilizantes minerales a los países más pobres que los necesitan. De las 262.000 toneladas de fertilizantes que actualmente están bloqueadas en puertos europeos, solo se han enviado hasta ahora dos cargamentos: 20.000 toneladas a Malawi y 34.000 toneladas a Kenya. El resto sigue en manos de los Estados europeos, a pesar de que estamos hablando de una acción puramente humanitaria a la que en principio no deberían aplicarse sanciones.

Creemos que la gran mayoría de los países, entre ellos los africanos, en los que se observa una tendencia alarmante en el ámbito de la seguridad alimentaria, disponen de suficientes tierras fértiles. En otras palabras, tienen una base para construir su soberanía alimentaria, que debe reforzarse no a través de la ayuda humanitaria, sino mediante la ejecución de proyectos en el ámbito

del desarrollo sostenible en general y la transferencia de las tecnologías necesarias, fertilizantes y semillas resistentes a las condiciones meteorológicas. Estamos convencidos de que, con el uso de tecnologías agrícolas adecuadas y la correcta organización de la producción agrícola, en el futuro África no solo podrá alimentarse a sí misma y garantizar su propia seguridad alimentaria, sino que también se convertirá en exportadora de diversos tipos de alimentos.

Por su parte, Rusia está dispuesta a compartir su experiencia en materia de producción agrícola con los Estados africanos y otros países en desarrollo interesados y a ayudar en la introducción de tecnologías avanzadas. A diferencia de los neocolonialistas occidentales, a nosotros nos interesa construir un sistema más equitativo de distribución de los recursos, para que los países en desarrollo no dependan siempre de la ayuda humanitaria occidental condicionada políticamente, que no es otra cosa que un chantaje primitivo, para que superen los retos del período de transición y formen economías fuertes, sostenibles y autosuficientes, que contribuyan a garantizar la estabilidad social y el bienestar de la población, es decir, que sean absolutamente libres de ejercer su soberanía a la hora de tomar todas las decisiones de política interior y exterior. Rusia está dispuesta a ayudarles en todo lo posible.

Tomamos nota de la labor realizada por nuestros colegas estadounidenses en vísperas de la sesión de hoy para acordar una declaración de la Presidencia del Consejo de Seguridad sobre el hambre y los conflictos. Aunque el documento no incluye todas las disposiciones que proponíamos, accedimos a apoyarlo con voluntad de avenencia. Por ejemplo, las consecuencias de las medidas restrictivas y sanciones unilaterales ilegítimas, que repercuten negativa y directamente en la seguridad alimentaria en el mundo, han quedado fuera del documento. También habría sido oportuno recordar el apartado 3 del artículo 54 del Protocolo I Adicional a los Convenios de Ginebra de 1949, según el cual las prohibiciones de atacar o destruir infraestructuras agrícolas no proceden si dichas infraestructuras se utilizan como sustento de los miembros de sus fuerzas armadas o en apoyo directo de una intervención militar.

Durante el debate de hoy intervendrá el representante de Venezuela en nombre del Grupo de Amigos en Defensa de la Carta de las Naciones Unidas. Nos sumamos a esa declaración, que refleja mejor el enfoque para abordar las cuestiones que centran nuestra reunión de hoy.

Para concluir, me gustaría decir que, dado que los alimentos y fertilizantes rusos son tan importantes, y esto es obvio, para el desarrollo socioeconómico y la seguridad alimentaria de los países de Asia, África, América Latina y Oriente Medio, ahora la decisión recae en los Estados Unidos y sus aliados. Si no se eliminan los obstáculos ilegítimos creados artificialmente por Occidente que afectan a los operadores económicos rusos en el suministro de productos agrícolas, difícilmente será posible restablecer el funcionamiento normal de las cadenas de suministro y resolver otras cuestiones relacionadas con la seguridad alimentaria mundial.

Por mucho que los Estados Unidos y sus aliados intenten echar la culpa a Rusia, los hechos no les dan la razón. Así pues, deben decidir qué es más importante para ellos, si las consideraciones geopolíticas o el deseo de ayudar al mundo en desarrollo. Si es lo primero, no hay necesidad de engañar a nadie, ni siquiera iniciando debates como el de hoy o redactando bonitos documentos conjuntos. Lo que necesitamos son hechos, no palabras.

Hemos estado y seguimos estando dispuestos a participar en los esfuerzos conjuntos para mejorar la seguridad alimentaria internacional. ¿Y los Estados Unidos y sus aliados, lo están? Tenemos serias dudas al respecto.

La Presidenta (*habla en inglés*): Deseo recordar a todos los oradores que deben limitar sus declaraciones a una duración máxima de tres minutos, a fin de que el Consejo pueda realizar su labor en forma diligente. La luz de los micrófonos parpadeará al cabo de tres minutos para indicar a los oradores que deben concluir sus intervenciones.

Tiene ahora la palabra el representante de Armenia.

Sr. Gevorgyan (Armenia) (*habla en inglés*): Quisiera expresar mi agradecimiento a los Estados Unidos por haber convocado este debate abierto sobre un tema tan pertinente. Doy las gracias a la Coordinadora de las Naciones Unidas para la Prevención y la Respuesta frente a las Hambrunas, Sra. Reena Ghelani, y a los demás exponentes por presentar sus puntos de vista sobre las formas de prevenir y afrontar la hambruna reforzando la seguridad alimentaria en situaciones de conflicto.

La inanición se ha utilizado reiteradamente a lo largo de la historia como método de guerra y perpetuación del genocidio, pero hoy no voy a recordar ejemplos del pasado ni a evaluar los riesgos futuros de hambruna en contextos de conflictos. En su lugar, me gustaría señalar a la atención del Consejo una situación que se está produciendo ahora mismo, una situación en la que la gente no sabe si hoy podrá encontrar sucedáneo de la

leche materna para sus bebés o una barra de pan para sus hijos o suministrar medicamentos a familiares gravemente enfermos.

En estos momentos, la población de Nagorno Karabaj se enfrenta a una amenaza para su propia existencia derivada del bloqueo total impuesto por Azerbaiyán. Hace ya siete meses que dicho país cerró el corredor de Lachín, la única vía humanitaria que conecta Nagorno Karabaj con el mundo exterior. Este acto ilegal e inhumano constituye una violación flagrante de la orden de la Corte Internacional de Justicia de 22 de febrero reafirmada por una orden de 6 de julio, de las normas del derecho internacional humanitario y de la declaración trilateral de 9 de noviembre de 2020.

La interrupción total de suministros humanitarios por parte de Azerbaiyán desde el 15 de junio de este año ha provocado una escasez crítica de alimentos, suministros médicos y otros bienes esenciales, creando una crisis humanitaria en toda regla. La interrupción del suministro de electricidad y gas ha paralizado los servicios sociales y sanitarios y el sistema de transporte, con lo que la población asediada ha quedado privada de sus derechos humanos fundamentales.

El bloqueo tiene efectos especialmente devastadores para los sectores más vulnerables de la población. Debido a la falta de alimentos esenciales y vitaminas, aproximadamente 2.000 mujeres embarazadas, unos 30.000 niños, 20.000 ancianos y 9.000 personas con discapacidad luchan por sobrevivir en condiciones de malnutrición y con falta de suministros básicos y medicamentos. Además, Azerbaiyán ataca continuamente a civiles que realizan trabajos agrícolas, lo cual aumenta su intención manifiesta de imponer la inanición a la población.

Esas señales de alarma ya han sido comunicadas por el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), que sigue siendo la única misión humanitaria internacional en Nagorno Karabaj. En su comunicado de prensa del 25 de julio, el Comité Internacional de la Cruz Roja expresó su preocupación por el aumento de las necesidades humanitarias e hizo hincapié en que actualmente no puede hacer llegar ayuda humanitaria a la población civil a través del corredor de Lachín, y subrayó que sus convoyes de ayuda humanitaria son vitales para la población de la zona. Tres días después, Azerbaiyán detuvo a Vagif Khachatryan, de 68 años, una persona que estaba siendo trasladada por el CICR desde Nagorno Karabaj a Armenia para recibir tratamiento médico. La detención de una persona bajo protección del CICR cuyo traslado había sido acordado previamente con Azerbaiyán no es

simplemente un acto perverso, sino una obstrucción bien calculada de la labor del CICR en Nagorno Karabaj.

Para atender las necesidades vitales de los más vulnerables, el 26 de julio el Gobierno de Armenia decidió entregar a Nagorno Karabaj un envío de unas 360 toneladas de productos de primera necesidad, principalmente alimentos y suministros médicos. Hicimos un llamamiento a las fuerzas de mantenimiento de la paz de la Federación de Rusia para que organizaran la entrega de la ayuda humanitaria a los necesitados, que había sido la práctica establecida a lo largo de los últimos meses. Sin embargo, hasta ahora el cargamento humanitario sigue en el punto de entrada del corredor de Lachín debido a las trabas que pone Azerbaiyán a su traslado y su negativa a que se haga.

La grave situación humanitaria sobre el terreno y los riesgos que el hambre se desarrolle en Nagorno Karabaj hacen necesaria una respuesta eficaz y oportuna por parte de la comunidad internacional para garantizar la aplicación plena e incondicional de las decisiones de la Corte Internacional de Justicia y el pleno respeto de los derechos humanos internacionales y del derecho internacional humanitario. Esperamos que la declaración de ayer del Secretario General, en la que expresó su profunda preocupación por la situación humanitaria e hizo hincapié en la necesidad de aplicar las órdenes de la Corte para garantizar la circulación sin trabas de personas, vehículos y mercancías a lo largo del corredor de Lachín, sea el primer paso hacia una plena implicación de las Naciones Unidas sobre el terreno. Su implicación es más necesaria que nunca. El costo de la inacción es demasiado alto para soportarlo, y la atrocidad masiva que se está perpetrando mediante la inanición debe y puede prevenirse y detenerse.

Hacemos un llamamiento a las Naciones Unidas y al Consejo de Seguridad para que adopten medidas urgentes con objeto de garantizar el pleno cumplimiento por parte de Azerbaiyán de sus obligaciones jurídicamente vinculantes en virtud de las providencias de la Corte Internacional de Justicia y del derecho internacional humanitario, restablezcan inmediatamente la libertad de circulación en el corredor de Lachín y permitan el acceso seguro y sin obstáculos de los organismos de las Naciones Unidas y del CICR a Nagorno Karabaj.

La Presidenta (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el representante de Cuba.

Sr. Peñalver Portal (Cuba): Suscribimos la declaración que pronunciará en la tarde de hoy el representante de la República Bolivariana de Venezuela en

nombre del Grupo de Amigos en Defensa de la Carta de las Naciones Unidas.

En la Cumbre Mundial sobre la Alimentación, celebrada en 1996, el líder histórico de la revolución cubana, Fidel Castro Ruz, denunció las causas raigales de las desigualdades y el hambre, cuando planteó, y cito:

“Son el capitalismo, el neoliberalismo, las leyes de un mercado salvaje, la deuda externa, el subdesarrollo y el intercambio desigual los que matan a tantas personas en el mundo”.

Persiste un orden internacional profundamente injusto, antidemocrático y excluyente, que ha provocado un crecimiento exponencial de la pobreza, el hambre y la inseguridad alimentaria. La actual crisis global multidimensional ha contribuido a aumentar las brechas entre el Norte, cada vez más rico y el Sur, cada vez más pobre y marginado. Proliferan las políticas proteccionistas y las prácticas especulativas del gran capital, que disparan los precios de los alimentos. Los irracionales patrones de producción y consumo capitalistas continúan destruyendo el equilibrio ecológico del planeta. Se invierten y dilapidan billones de dólares en gastos militares, en lugar de dedicarlos a proteger la vida y contribuir al desarrollo sostenible.

En ese complejo contexto, aumentan las medidas coercitivas unilaterales y los bloqueos ilegales, como el ejercido contra Cuba. El Gobierno de los Estados Unidos ha convertido ese castigo criminal recurrente de millones de personas en estandarte de su política exterior, por medio de medidas dirigidas a estrangular la economía de numerosos países con el fin de obtener ventajas políticas. El principal obstáculo para la seguridad alimentaria del pueblo cubano es el bloqueo económico, comercial y financiero impuesto durante más de 60 años por el Gobierno de los Estados Unidos y recrudecido aún más con la fraudulenta inclusión de nuestro país en la lista arbitraria de Estados que supuestamente patrocinan el terrorismo. Esa política cruel impacta abrumadoramente en todos los sectores de la vida de nuestro país y entorpece el desarrollo económico y social y la implementación de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible. El bloqueo viola de manera grave, flagrante y sistemática los derechos humanos del pueblo cubano, incluidos los derechos a la alimentación y al desarrollo.

El Consejo de Seguridad, con una composición reducida que representa escasamente al conjunto de la comunidad internacional, debe ajustarse a su mandato y dejar de injerir en asuntos fuera de su competencia. La Asamblea General es el órgano llamado a liderar los

esfuerzos internacionales para el cumplimiento de las metas establecidas en el Objetivo de Desarrollo Sostenible 2, a saber, poner fin al hambre, lograr la seguridad alimentaria y la mejora de la nutrición y promover la agricultura sostenible. Es urgente instaurar un orden internacional justo, democrático y equitativo, que permita desterrar las causas raigales de la pobreza y el hambre y promover el desarrollo sostenible para todos los pueblos, eliminando con ello potenciales detonantes de conflictos que afectan la paz y la seguridad internacionales. Se precisa de más cooperación internacional, solidaridad y multilateralismo para garantizar la realización plena y universal de los derechos a la alimentación y al desarrollo. Cuba seguirá defendiendo firmemente estos propósitos junto a los países del Sur.

La Presidenta (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el representante de Polonia.

Sr. Gerwel (Polonia) (*habla en inglés*): Quisiera dar las gracias a los Estados Unidos por haber convocado este importante y oportuno debate. Polonia suscribe la declaración que se formulará en nombre de la Unión Europea.

Consideramos que en la actualidad reviste una importancia crucial prestar una atención especial a la hambruna y a la inseguridad alimentaria mundial provocada por los conflictos. El hambre no debe ser un arma de guerra. Los agresores no deben paralizar las cadenas mundiales de suministro de alimentos con el fin de lograr sus objetivos militares. Como se indica en el reciente informe interinstitucional de las Naciones Unidas titulado *El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2023*, el nivel del hambre en el mundo sigue estando muy por encima de los niveles registrados antes de la pandemia. En ese contexto, me gustaría abordar en primer lugar dos cuestiones planteadas en la encomiable nota conceptual (S/2023/560, anexo), presentada por los Estados Unidos con anterioridad a la celebración de este debate abierto, sobre la importancia de las medidas anticipatorias y del papel de la inversión a la hora de abordar las causas profundas de la inseguridad alimentaria.

La comunidad internacional debe centrarse en fortalecer la resiliencia de los sistemas alimentarios locales. Los países que pueden aumentar su propia producción de alimentos y establecer sus propios sistemas de distribución son menos vulnerables a la inseguridad alimentaria provocada por los conflictos y el clima, la cual, en última instancia, aboca a la hambruna. Deben movilizarse asociaciones público-privadas para construir infraestructuras fiables de transporte y almacenamiento.

Tales acciones se están llevando a cabo a través de la estrategia Global Gateway de la Unión Europea y la Iniciativa de los Tres Mares de 12 naciones centroeuropeas. Polonia se basó en esos ejemplos para elaborar la resolución 77/282 de la Asamblea General, en la que hace se hincapié en el papel fundamental de las infraestructuras resilientes para salvaguardar el suministro de bienes y servicios esenciales.

Aunque no podamos evitar todos los nuevos conflictos ni poner fin a los existentes, podemos empezar a contrarrestar la crisis de inseguridad alimentaria inmediatamente. Cabe tener en cuenta las recomendaciones del Fondo Monetario Internacional a ese respecto. Entre ellas se incluye, en primer lugar, garantizar un apoyo rápido y adecuado a las personas vulnerables a la inseguridad alimentaria a través de la asistencia humanitaria del Programa Mundial de Alimentos y otros, junto con medidas fiscales nacionales eficaces; en segundo lugar, mantener el comercio abierto, en particular dentro de las regiones, para permitir que los alimentos fluyan de las zonas excedentarias a las necesitadas; en tercer lugar, aumentar la producción de alimentos y mejorar su distribución, incrementando al mismo tiempo la financiación del comercio y reforzando las cadenas de suministro; y, en cuarto lugar, invertir en una agricultura resiliente al clima.

Han pasado 18 meses desde el inicio de la agresión a gran escala de Rusia contra Ucrania, y es indudable que los alimentos han vuelto a convertirse en un arma. Al crear deliberadamente una crisis alimentaria, Rusia ha mostrado su desprecio por la resolución 2417 (2018), en la que se condena la inanición de civiles como método de guerra. Denunciamos la decisión de Moscú de retirarse de la Iniciativa del Mar Negro, que desempeñaba un papel estabilizador de la seguridad alimentaria mundial, una medida que a nuestro juicio constituye una manifestación de una agresión económica contra los países del Sur Global y de hipocresía y cinismo políticos. La reciente intensificación de los ataques rusos a los puertos ucranianos y el minado de los corredores marítimos utilizados para el transporte de cereales son una prueba más de la determinación de Rusia de prolongar su guerra de agresión a toda costa, incluso en perjuicio de las personas más vulnerables al hambre y la malnutrición.

Polonia está preparada no solo para emprender acciones de emergencia, sino también para facilitar la capacitación de sistemas de producción más resilientes.

En 2022, apoyamos al Programa Mundial de Alimentos para paliar la crisis de seguridad alimentaria en

los países africanos. Hemos participado en iniciativas de solidaridad alimentaria. Además de los corredores de solidaridad de la Unión Europea y la Iniciativa del Mar Negro, apoyamos el programa humanitario “Cereales de Ucrania” y declaramos que financiaríamos envíos de cereales por valor de 20 millones de euros.

Para concluir, permítaseme subrayar que, para Polonia, la protección de los civiles y la promoción del cumplimiento del derecho internacional humanitario son prioridades de larga data. Seguimos comprometidos a contribuir a las medidas destinadas a proteger a los civiles en los conflictos armados y a hacer frente a las crisis mundiales de seguridad alimentaria.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al representante de Argelia.

Sr. Bendjama (Argelia) (*habla en inglés*): Sra. Presidenta: En primer lugar, la felicito por haber asumido la Presidencia del Consejo de Seguridad durante este mes, y le deseo mucho éxito en ese empeño. También felicito a nuestra colega del Reino Unido y a su equipo por la excelente labor realizada el mes pasado.

El tema de hoy es crucial, ya que afrontamos un aumento de la inseguridad alimentaria aguda en todo el mundo. En diversos informes de las Naciones Unidas se subraya que millones de personas se enfrentan a la inanición, y carece de la ayuda humanitaria necesaria. Como mencionó hace poco el Secretario General, si continúan las tendencias actuales, en 2030 casi 670 millones de personas padecerán hambre. Por otra parte, la situación difiere de una región a otra. África es, con creces, la región más frágil. Muchos de sus habitantes sufren inseguridad alimentaria, sobre todo en el Sahel y el Cuerno de África. Es una triste realidad, sobre todo teniendo en cuenta que el continente africano podría convertirse en el granero del mundo de contar con más inversión y transferencia de tecnología. El sistema de las Naciones Unidas, y las instituciones financieras, debe catalizar los esfuerzos mundiales y eliminar las causas fundamentales —a saber, el subdesarrollo, el cambio climático y los conflictos— para invertir esa situación.

Coincidimos con la nota conceptual (S/2023/560) en que el desafío de resolver la inseguridad alimentaria exige sistemas alimentarios resilientes. Además, para prevenir las formas más graves de hambre y garantizar la seguridad alimentaria de todos, es primordial, en primer lugar, adoptar un enfoque holístico e integrado que implique a todas las partes interesadas. Ese enfoque creará sistemas alimentarios fuertes y resilientes, como piedra angular de la seguridad alimentaria. En segundo

lugar, hay que acelerar los esfuerzos para la transferencia de tecnología y la creación de capacidades para los países en desarrollo, con el fin de que puedan producir sus propios alimentos. Alcanzar la seguridad alimentaria es una condición indispensable para una paz y estabilidad duraderas. En tercer lugar, se deben cumplir los acuerdos internacionales, especialmente los relacionados con la financiación climática, permitiendo así a los países vulnerables hacer frente a los efectos adversos del cambio climático en sus sistemas alimentarios. En cuarto lugar, se debe movilizar una financiación sostenible para la agricultura de los países en desarrollo, en particular los países africanos. Las instituciones financieras internacionales deberían adoptar y aplicar soluciones para apoyar a los países en desarrollo, incluso mediante financiación en condiciones favorables y subvenciones. En quinto lugar, se debe respetar plenamente el derecho internacional humanitario y aplicar las resoluciones del Consejo de Seguridad, en particular, la resolución 2417 (2018), ya que es clave para facilitar el acceso a la asistencia humanitaria, de conformidad con la resolución 46/182 de la Asamblea General. Reducirá la inseguridad alimentaria y prevendrá las hambrunas en el contexto de las crisis humanitarias.

Argelia no ha escatimado esfuerzos para prestar asistencia a sus vecinos, especialmente en el Sahel, cuando han encarado las consecuencias de los conflictos y desastres naturales. Alcanzar el desarrollo sostenible, especialmente el Objetivo de Desarrollo Sostenible 2, es la única manera de romper la interrelación que existe entre los conflictos y la inseguridad alimentaria. Por ello, instamos al Consejo de Seguridad a que establezca una estrecha colaboración con la Asamblea General y el Consejo Económico y Social para promover soluciones de desarrollo que no dejen a nadie atrás en el acceso a alimentos inocuos.

El Presidente (*habla en inglés*): Doy ahora la palabra al representante de Egipto.

Sr. Elshandawily (Egipto) (*habla en inglés*): Ante todo, permítaseme felicitar a los Estados Unidos de América por haber asumido la Presidencia del Consejo de Seguridad durante el mes de agosto de 2023. También quisiera expresar nuestro agradecimiento a la iniciativa de los Estados Unidos de celebrar el debate abierto de alto nivel de hoy.

Egipto es plenamente consciente de las graves repercusiones que el hambre y la imposibilidad de alcanzar la seguridad alimentaria tienen en los medios de subsistencia humanos, además de que contribuyen a

umentar el riesgo de conflictos, especialmente en los países económicamente frágiles. Por ello, insistimos en la fuerte y estrecha relación que existe entre la seguridad alimentaria, el hambre y los conflictos. El mundo asiste actualmente a una crisis de inseguridad alimentaria sin precedentes como consecuencia de nuestro fracaso en la consecución del Objetivo de Desarrollo Sostenible 2 de erradicar el hambre, agravada por las repercusiones de la pandemia de la enfermedad por coronavirus y por los conflictos.

Si no se logra la seguridad alimentaria y se acaba con el hambre, se pondrá en peligro la seguridad y la estabilidad de los países y se agravarán aún más los conflictos actuales. Los desafíos para lograr la seguridad alimentaria se ven agravados por otros factores, como los efectos actuales del clima, que, a su vez, exacerbaban los riesgos relacionados con la producción de energía, la seguridad alimentaria, la disponibilidad de agua y el desarrollo económico. La escasez de agua en varias regiones del mundo, especialmente en África, tiene graves manifestaciones en la actividad agrícola y en los esfuerzos por alcanzar la seguridad alimentaria.

En vista de lo anterior, quisiéramos hacer hincapié en los aspectos siguientes.

En primer lugar, es importante abordar los retos que afrontan los países afectados por los conflictos y los países que salen de ellos. Se debe prestar especial atención a la seguridad alimentaria y a la prestación de asistencia médica a la población civil, sobre la base de los principios del derecho internacional humanitario y respetando la soberanía nacional. Asimismo, es importante garantizar que la población civil de las zonas de conflicto tenga acceso a la ayuda alimentaria y protegerla del riesgo de hambruna, incluso, en ese sentido, proporcionando alimentos a las personas desplazadas por la fuerza.

En segundo lugar, Egipto reafirma que las soluciones sostenibles a los actuales conflictos mundiales dependen de la promoción del arreglo pacífico de las controversias; la garantía de que todos esos esfuerzos tengan en cuenta la necesidad de preservar la soberanía y la integridad territorial de los Estados; y la eliminación de las causas fundamentales de los conflictos armados, lo que incluye la promoción del desarrollo sostenible.

En tercer lugar, quisiera destacar que Egipto es el país del mundo con mayor densidad de población y escasez de agua. En la actualidad, la escasez de agua afecta a 2.500 millones de personas en todo el planeta, y se prevé que el cambio climático someta a la mitad

de la población mundial a un grave estrés hídrico de aquí a 2050. Por otra parte, la escasez de agua podría desplazar a 700 millones de personas para 2030. Esas cifras demuestran claramente las repercusiones negativas de la escasez de agua en la paz y la seguridad, el desarrollo sostenible y los derechos humanos. En ese sentido, instamos a la comunidad internacional a que atienda las necesidades de los países con escasez de agua más vulnerables y a que promueva la cooperación transfronteriza, de conformidad con el derecho internacional aplicable.

En cuarto lugar, la seguridad alimentaria y los conflictos deben abordarse mediante un enfoque holístico y global, que tenga en cuenta los factores humanitarios y de desarrollo. Deben adoptarse medidas inmediatas para paliar el hambre, sin dejar de poner en marcha planes para ayudar a los países en desarrollo, especialmente a los países en desarrollo importadores netos de alimentos, a alcanzar la seguridad alimentaria mediante una agricultura sostenible. A este respecto, quisiera recordar la iniciativa egipcia de aprovechar la situación geográfica de Egipto para establecer un centro logístico de cereales para abordar los desafíos que encaran las cadenas mundiales de suministro de alimentos, sobre todo en los países en desarrollo.

Para concluir, quisiéramos poner de relieve la urgencia de abordar los desafíos que plantean la seguridad alimentaria y sus vínculos con los conflictos mediante un enfoque global que, en su esencia, tenga como objetivo lograr el desarrollo sostenible de los países en desarrollo, garantizando al mismo tiempo su estabilidad y prosperidad.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra la representante de Liechtenstein.

Sra. Oehri (Liechtenstein) (*habla en inglés*): Liechtenstein acoge con satisfacción este debate abierto sobre los conflictos y la seguridad alimentaria, en una coyuntura en que el hambre alcanza niveles nuevos y preocupantes.

El conflicto es uno de los principales factores de la inseguridad alimentaria en siete de los ocho casos designados por el Programa Mundial de Alimentos y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura como zonas críticas donde la situación es catastrófica. Tienen efectos devastadores a todos los niveles del sistema alimentario, desde la siembra hasta la distribución. A menudo, agrava las condiciones de por sí peligrosas de la inseguridad alimentaria. Al mismo tiempo, la inseguridad alimentaria es, en sí misma, un factor que recrudece la violencia en regiones como el Sahel, renovándose así el ciclo de

conflicto y de hambre. Por lo tanto, debemos adoptar un enfoque holístico que aborde la catástrofe del hambre como causa y consecuencia de los conflictos.

Si el hambre como tal es una afrenta a la dignidad humana, el uso de los alimentos como arma es un ultraje y un acto delictivo. Hacer padecer intencionalmente hambre a la población civil constituye un crimen de guerra en los conflictos armados internacionales y no internacionales, como se refleja en el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional. Alentamos a todos los Estados a que se unan a nosotros para ratificar las enmiendas al Estatuto de Roma presentadas por Suiza, que abordan la inclusión de la práctica de hacer padecer hambre a los civiles en los conflictos armados internos. Además, Liechtenstein pide a las partes en conflicto que se adhieran a sus obligaciones en virtud del derecho internacional, así como a las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad, en particular las resoluciones 2417 (2018) y 2573 (2021).

En Etiopía, el conflicto armado, junto con una sequía devastadora, ha sumido a más de 20 millones de personas en la inseguridad alimentaria, una crisis que ha persistido incluso tras el acuerdo de alto el fuego del año pasado. El conflicto del Sudán, donde más del 40 % de la población padece hambre, también amenaza con tener repercusiones en Etiopía y en toda la región. La crisis humanitaria en el Yemen sigue siendo considerable, y condenamos el reciente asesinato, a principios de este año, del jefe de la oficina del Programa Mundial de Alimentos en el Yemen, así como de sus trabajadores en el Sudán.

La guerra de agresión de Rusia contra Ucrania ejemplifica las enormes repercusiones que los conflictos pueden tener en la seguridad alimentaria, tanto dentro como fuera del país. En todo el país, se han minado las explotaciones agrícolas, se han destruido los sistemas de abastecimiento de agua y se han atacado explícitamente los lugares de almacenamiento de cereales. Al retirarse de la Iniciativa del Mar Negro a mediados de julio, Rusia actuó una vez más en oposición directa a la seguridad de millones de personas en todo el mundo. También deploramos el veto de Rusia al bloqueo de la ayuda humanitaria transfronteriza a Siria el mes pasado (véase S/PV.9371).

Los desafíos que el mundo afronta hoy —desastres climáticos, conflictos, desplazamientos e inseguridad alimentaria— están profundamente interconectados. Alentamos a la comunidad internacional y a los miembros del Consejo en particular a que aborden estas

interrelaciones desde una perspectiva de seguridad humana, que reconozca que la paz y la seguridad guardan relación con las personas y su supervivencia, sus medios de subsistencia y su dignidad. Podemos empezar por responder a las necesidades inmediatas de las personas que padecen inseguridad alimentaria en todo el mundo, entre otras cosas, aumentando la financiación del Programa Mundial de Alimentos y de las organizaciones humanitarias, e instando a las partes en los conflictos armados a proteger los sistemas y las infraestructuras alimentarias y a abstenerse de convertir el acceso a los alimentos en un arma de guerra.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra la representante de Alemania.

Sra. Leendertse (Alemania) (*habla en inglés*): La resolución 2417 (2018) ha sido una verdadera decisión histórica. En 2018, todos los miembros del Consejo condenaron la práctica de hacer padecer hambre a los civiles como medio de guerra. Cinco años después, un miembro permanente del Consejo de Seguridad utiliza los alimentos como arma. Rusia se ha retirado unilateralmente de la Iniciativa del Mar Negro y, con la ayuda de misiles, está destruyendo almacenes de cereales e infraestructuras portuarias en Ucrania. El Kremlin actúa así para llenar de forma temeraria sus arcas de guerra. Como consecuencia, los precios mundiales de los alimentos están subiendo, y el acceso a los alimentos se está dificultando mucho más para millones de personas necesitadas en todo el mundo.

Alemania insta a Rusia a poner fin de inmediato a esos ataques, a dejar de bloquear los puertos ucranianos y a volver a adherirse a la Iniciativa del Mar Negro. Apoyamos con firmeza los esfuerzos de las Naciones Unidas y de Türkiye para reactivar la Iniciativa. Por último, Alemania pide a Rusia que retire de inmediato todos sus efectivos y equipo militares de todo el territorio de Ucrania dentro de sus fronteras reconocidas internacionalmente. Ello no solo permitirá reanudar las exportaciones de cereales, sino también restablecer la paz en Ucrania.

Alemania está firmemente decidida a combatir la inseguridad alimentaria y la desnutrición mundiales. La seguridad alimentaria y la nutrición ocuparon un lugar destacado en nuestra agenda durante nuestra Presidencia del Grupo de los Siete en 2022. Alemania ocupa el segundo lugar entre los donantes al Programa Mundial de Alimentos, con una contribución de 1.100 millones de euros en 2022. Apoyamos a los agricultores y los países de todo el mundo para que produzcan

sus propios alimentos. Seguiremos esforzándonos por exportar productos agrícolas desde Ucrania a través de los corredores solidarios de la Unión Europea y otras rutas alternativas.

Nuestros esfuerzos conjuntos con miras a la consecución de soluciones sostenibles deben ser amplios y creativos. Permítaseme abordar algunas cuestiones concretas.

En primer lugar, en cuanto al cambio climático, la comunidad mundial debe reducir de manera considerable sus emisiones a fin de combatir la crisis climática y sus repercusiones negativas en la seguridad alimentaria y la malnutrición en muchas partes del mundo. Ello forma parte del nexo entre el cambio climático y la paz y la seguridad, y consideramos que el Consejo de Seguridad debería examinar esta cuestión de forma sistemática y periódica.

En segundo lugar, también consideramos que la Comisión de Consolidación de la Paz puede desempeñar un papel más sistemático a la hora de abordar esas cuestiones interrelacionadas. Por ejemplo, podría asesorar al Consejo de Seguridad sobre situaciones específicas de cada país en las cuales los conflictos armados y el cambio climático agraven la inseguridad alimentaria.

Por último, debemos dar muestras de creatividad y rigor y encontrar soluciones a medida. Por ejemplo, el abono verde nitrogenado producido localmente tiene mucho potencial para apoyar la seguridad alimentaria. Puede aumentar la resiliencia frente a la inestabilidad de los precios y las interrupciones de la cadena de suministro, al tiempo que contribuye a reducir las emisiones de carbono del sector agrícola. Esperamos desarrollar esa tecnología en alianzas innovadoras que permitan un mayor crecimiento ecológico.

Los conflictos son uno de los principales factores que contribuyen a la inseguridad alimentaria provocada por el hombre, tanto a nivel local como mundial. La resolución 2417 (2018) enuncia con suma claridad las obligaciones que incumben a todos los Estados Miembros. Hacemos un llamamiento a todos los Estados Miembros para que las respeten y empiecen por poner fin al uso de los alimentos como arma de guerra.

El Presidente (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el representante de México.

Sr. De la Fuente Ramírez (México): México agradece a los Estados Unidos por la convocatoria a este debate abierto, que esperamos nos permita identificar acciones específicas, para fortalecer los sistemas de seguridad alimentaria en el mundo y prevenir futuras hambrunas.

Agradecemos igualmente las presentaciones que hemos escuchado esta mañana.

El trabajo conjunto y coordinado de los organismos de las Naciones Unidas es esencial para atender y mitigar de manera efectiva los crecientes impactos de la crisis de la seguridad alimentaria. Por ello, consideramos positiva la decisión del Secretario General de nombrar a la Sra. Ghelani como coordinadora para prevenir y atender oportunamente cualquier amenaza de hambruna. Los mecanismos de alerta temprana son fundamentales para evitar catástrofes humanitarias, pero aún más importante es, ante los hechos, una respuesta oportuna y eficaz.

Resulta inadmisibles que, en un mundo de abundancia, aumente de manera constante el número de personas que viven en situación de inseguridad alimentaria. En mayo del año pasado, dijimos en el Consejo que había 193 millones de personas en situación de inseguridad alimentaria (véase S/PV.9036). Hoy son ya 258 millones los seres humanos afectados. Es una verdadera tragedia. Un incremento de tal magnitud en tan solo un año debería alarmarnos a todos, sin excepción. Si bien las causas de la inseguridad alimentaria son multidimensionales, los conflictos armados constituyen, sin duda, un factor determinante para exacerbarla. En algunos casos puntuales hay condiciones muy críticas, tal es la situación en Burkina Faso, en Haití, en Mali, en el Sudán, en el Afganistán, en Nigeria, en Somalia y en Sudán del Sur, lo que muestra que cuando un conflicto se prolonga, lleva casi inevitablemente a la inseguridad alimentaria.

En nuestra región, el caso más grave es, lamentablemente, el de Haití. La mitad de su población, 4,9 millones

de personas, requiere de asistencia alimentaria. En Haití, una serie de causas diversas, pero entrelazadas, han conducido a tan deplorable situación: la recesión económica, los desastres naturales, los efectos nocivos del cambio climático y una disminución de la producción agrícola, agravada por el aumento de la violencia armada y la falta sostenida de inversión, han llevado al país a una situación de emergencia alimentaria grave.

Es imperativo reconocer que los sistemas alimentarios en el mundo son interdependientes. Un conflicto armado puede alterar al sistema alimentario en su conjunto. Por eso, México espera que se pueda reactivar pronto la Iniciativa del mar Negro, la cual había tenido un impacto positivo sobre los precios de los alimentos y, consecuentemente, había reducido la inseguridad alimentaria en los países más pobres.

Para concluir, México hace un nuevo llamado a todas las partes en los conflictos a cumplir plenamente con las disposiciones de la resolución 2417 (2018) de este Consejo, es decir, a abstenerse de cualquier acción que pudiera afectar la producción y la distribución de alimentos o de atacar objetos indispensables para la supervivencia de la población civil, sin olvidar, desde luego, que la hambruna como táctica de guerra es un crimen internacional de no puede quedar impune.

El Presidente (*habla en inglés*): Todavía quedan varias intervenciones inscritas en la lista para esta sesión. Dado que ya es tarde, con la anuencia de los miembros del Consejo, suspenderé la sesión hasta las 15.00 horas.

Se suspende la sesión a las 13.10 horas.